

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
Serie * Alfa



Andrés Harwey
TENORIO

Editorial Alfa

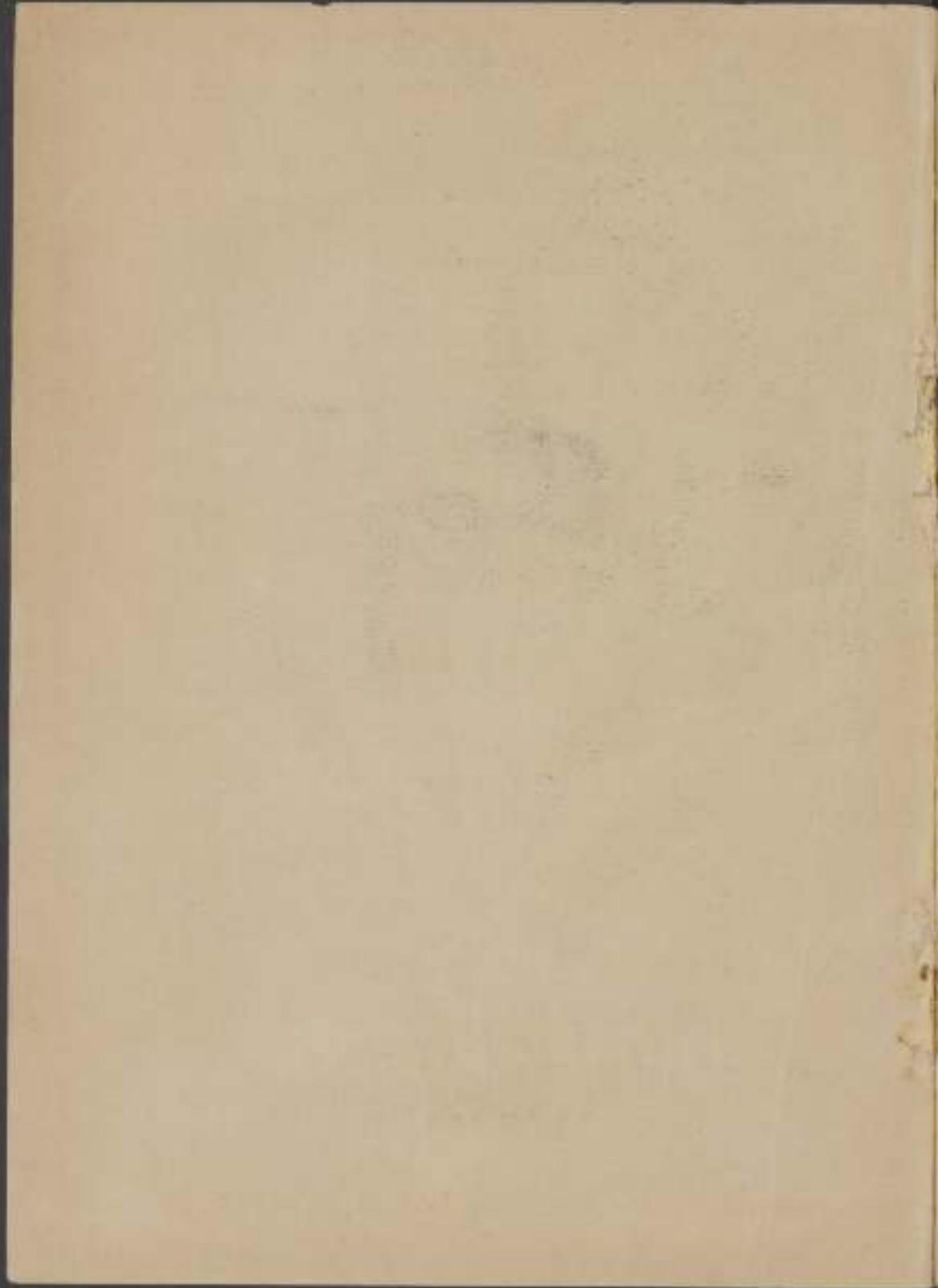
*
Mickey
ROONEY

*
Judy
GARLAND

*
Lewis
STONE

*
CC

250
PTAS.





ANDRES HARVEY

— TENORIO —

IMPRESA COMERCIAL - MAS S. SALA
Valencia, 254 - Teléfono 70657
BARCELONA

Reservados los derechos de
traducción y reproducción.

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPRIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:
Valencia, 224 - Aportada Correas 207 - Telef. 70287 - Barcelona

AGENTES DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbadé, 16, Barcelona-Tetuán, 17, Madrid

EDITORIAL

ALFA



AÑO XVII

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

SERIE  ALFA

NUM. 55

NUM. 44

ANDRÉS HARVEY, TENORIO

DESDE la primera aventura de la ya famosa FAMILIA HARVEY, a la que vamos a novelizar, han transcurrido algunos años y Andrés ya no es aquel chiquillo travieso que exasperaba a los vecinos disparando cohetes en la calle, sino un joven que viste frac y chistera, frecuenta los restaurantes neoyorquinos y baila con millonarias, aunque ello le cueste más de un disgusto que le hace desear el regreso a Carvel lo más pronto posible para reconciliarse con la fiel Polita.

PRODUCCION:



Calle de Mallorca, 201

BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>El juez Harvey.</i>	Lewis Stone
<i>Andrés Harvey.</i>	Mickey Rooney
<i>Marilla.</i>	Cecilia Parker
<i>Mamá Harvey.</i>	Fay Holden
<i>La tía.</i>	Sara Haden
<i>Betsy Booth.</i>	Judy Garland
<i>Polita.</i>	Ann Rutherford
<i>«Beezy» Anderson.</i>	George Breakston
<i>Daphne Fowler.</i>	Diana Lexis

Director:

George B. Seitz

Narración y música de
MARCO ESTRADA



ANDRES HARVEY, TENORIO

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELICULA

EL COLEGIAL ENAMORADO

EN la apacible ciudad de Carvel, donde reside el juez Harvey con su simpática familia, el cartero, con el buen fin de evitar a los vecinos cualquier duda que pudiera sugerir su llamada; ha optado por hacer sonar un pito y de esta manera se sabe seguro que detrás de esta señal llegará la carta amorosa, la del amigo ausente o la simple postal que trae un saludo de algún viajero que un día hizo alto en la villa.

Han dado ya las ocho y Andrés Harvey duerme tranquilamente. Sobre la almohada hay una revista ilustrada en cuya primera página se ve la fotografía de una muchacha bonita. Podría ser una artista o simple-

mente el retrato de una joven belleza. En su sueño, Andrés sonríe. El silbido del cartero le despierta, salta de la cama como movido por un resorte, se viste un batín, recoge un libro, una especie de álbum de encima la mesa, baja la escalera silenciosamente, sale por la puerta principal y recoge del buzón una revista que el cartero acaba de depositar allí. Con el mismo sigilo regresa a su habitación, rompe la faja que envolvía el periódico y aparece en la portada otra fotografía de la misma joven que se ve en la que Andrés tiene sobre su almohada. Al pie de la fotografía se lee: «Daphne Fowler, recientemente presentada en sociedad». Andrés contempla ex-

tasiado las fotografías de la nueva belleza, joven millonaria que por su posición y belleza es constantemente solicitada a asistir a todas las grandes reuniones sociales por ser reciente su puesta de largo.

La voz aguda de la señora Harvey llega hasta los oídos de Andrés, quien esconde cautelosamente todas las revistas donde se halla Daphne Fowler.

—¡Andrés, hijo mío! ¿Qué, no bajas a desayunar?

—Señora Harvey — contesta el rapaz desde su habitación—, todavía he de verificar mis abluciones matutinas. Ya sabe usted que la limpieza es media vida...

El lenguaje exagerado, propio de todo estudiante, hizo sonreír a la madre, encantada con los dichos de su hijo.

La buena señora estaba en la cocina, una de esas deliciosas cocinas modernas donde en todo se nota la mano de la dueña de la casa. Estaba sentada ante una mesa leyendo la sección culinaria de una revista del hogar. Había leído y releído una fórmula y no conseguía ponerla en claro. Finalmente decidió llamar a su hermana.

—María, María, ¿podrías venir un momentito?

No se hizo esperar mucho María, pero llegó con un patrón de papel

apuntado sobre un lado de su cuerpo.

—¿Qué ocurre?

—Estoy leyendo una receta para hacer un budín de chocolate y no puedo ponerla en claro. Léela, a ver si me sacas del apuro.

Tía María cogió la revista y empezó a leer:

—«Se mezclan harina y leche, se agrega una onza de chocolate, dos tazas de azúcar, se aromatiza con vainilla, se agregan tres huevos y luego...»

—Ahora verás, continúa en la página ochenta y siete...

—...Y se tira en el desagüe desde cierta altura.

—¿Qué te parece? Harina, leche, chocolate, azúcar y huevos, para luego tirarlo a la fregadera. Te aseguro que me tiene loca, no sé cuántas veces lo he leído.

Un examen detenido de la revista por parte de tía María le hizo ver dónde estaba el error.

—Alguien ha cortado una página de esta revista y lo que has leído se refiere a una fórmula para limpiar los desagües de las fregaderas.

—No podía ser de otra manera, ¿cómo iba una a hacer toda la mezcla para después tirarla?

—Ocurre algo raro con las revistas. Alguien corta páginas enteras. Yo estaba copiando este vestido de

un figurín y falta la página de trajes de calle. No sé cómo podré acabarlo ahora.

Al decir esto tía María dió un ligero tirón al cuello de papel que llevaba apuntado sobre la blusa.

—Tal vez había alguna flor y Andrés la ha cortado para su libro de botánica. Como tarda hoy en bajar este muchacho. ¡Andrés, no tardes más!

—¡Aquí estoy, mamá!—dijo el muchacho, entrando sonriente, alegre y llevando debajo el brazo su enorme libro de botánica—. ¿Dónde está el incendio?

—¿Qué incendio, hijo?

—Llamabas con tal insistencia que me imaginé que la casa estaba ardiendo.

—Buenos días, Andrés—dijo tía María.

—Hola, tía, ¿cómo estás?—y al decir esto, el muchacho abrazó a su tía que al mismo tiempo lanzó un grito de dolor.

—¡Oh! ¿Te has pinchado? Es que estoy probándome unos patrones.

—No te preocupes, tía, no ha sido nada.

—Pues no había por qué dar semejante grito. ¿Qué harás el día que te mueras?

No hubo tiempo de contestar, porque se oyó el timbre del teléfono

no y se vió a Martita en el corredor, quien dijo:

—Ya voy yo al teléfono, mamá.

La señora Harvey empezó a preparar el desayuno de su hijo, al que aconsejaba se sentara para comer.

—No puedo sentarme, no tengo tiempo. Estoy «botanizando» y me son indispensables veinte flores silvestres.

—Pero si hoy es sábado y no vas a la escuela.

—No voy a la escuela, voy a comunicar con la naturaleza.

—¿Comunicar con la naturaleza? Qué tonterías dices, Andrés—dijo tía María, quien se retiró para terminar la prueba de los patrones de papel.

Sobre la mesa de la cocina había una fuente con rosquillas y otras pastas que había estado preparando mamá Harvey. Andrés empezó a picar de aquellos dulces.

—Deja las rosquillas en paz. No comas—dijo la madre, intentando quitarle una de las manos.

—Botánicamente hablando, esto no es comer. Esto es «ósmosis», como en las plantas. El *caryophyllus* o *rubus idoeus*...

—Andrés, hijo, respeta un poco a tu madre y no digas palabras feas.

—Mamá, total quería decir esas frambuesas...

Martita entró en la cocina.

—Ha llamado el señor Benedict y dice que quiere hablar con papá.

—Pues ha salido a pescar a primera hora de la mañana.

—No se preocupen estas señoras —dijo Andrés con el tono ampuloso que había adoptado desde que asistía a la escuela superior—, yo encontraré al señor juez. Estoy al corriente de dónde están sus parajes favoritos.

—A ver si lo encuentras antes de que haya pescado nada, así nos ahorraremos tener que cenar truchas.

El libro de botánica estaba encima la mesa y Martita fué a cogerlo.

—Déjame ver las especies que tienes. Puedo ayudarte un poco.

—¡Marta! El estudiante que acepta ayuda, no es un estudiante honrado—y sin darle tiempo a coger el libro, Andrés le echó mano y se lo puso debajo del brazo.

Martita miró sospechosamente a su hermano y pudo ver cómo cogía un puñado de rosquillas, otro de pastelillos y salía disparado de la casa.

La madre, al verle salir tan aprisa, exclamó:

—¡Pobre niño! ¡Se ha ido sin probar bocado!

—No te preocupes, mamá, la naturaleza se cuidará de alimentarle.

—Pero no puede comer flores —repuso la madre, angustiada, cre-

yendo que realmente había salido en ayunas.

Andrés se dirigió al arroyuelo donde acostumbraba a pescar el juez; pero él antes tenía que realizar un importante trabajo, por lo que se sentó a la sombra de un soberbio árbol, abrió el famoso libro de botánica, dentro del cual no había más que retratos de Daphne Fowler, recortados de toda clase de revistas y diarios.

—¡Oh, Daphne! Ya sé que jamás podré conocerte, pero nadie puede privarme de amarte en silencio.

Andrés suspiraba profundamente mientras iba mirando las fotografías de Daphne, cuidadosamente ocultas en el libro de botánica.

—¡Daphne, Daphne, no pueden encarcelarme por soñar contigo!

Un ruido de pasos hizo volver en sí al enamorado y al levantar la cabeza vió que era su padre quien se acercaba. Con toda rapidez cerró el libro, que escondió debajo del jersey y cambiando de actitud, hizo como si buscara algo en el suelo.

—¿Qué es lo que haces aquí, Andrés?—preguntó el juez.

—He salido a buscarte.

—¿Buscarme a mí debajo de un leño?

—No, no, en este momento estoy buscando especies raras de flores para estudiar botánica. Por cierto,

el señor Benedict ha telefoneado pidiendo que pases a verle al Orfanato.

—Debe ocurrir algo... Es lástima, porque todavía no he empezado a pescar.

—¿Quédate! Puedes estar un ratito más pescando.

—No podría divertirme, sabiendo que hago falta en otro lugar. Así es que vamos al Orfanato.

Padre e hijo andaron unos cuantos pasos por el sendero junto al río hasta llegar al camino donde aguardaba el coche del juez. Andrés cogió el volante y anduvieron un buen rato sin hablar. De repente el muchacho se volvió a su padre, y le dijo:

—Papá, hace días que deseo hablar contigo.

—Pues aquí estoy, habla.

—¿Verdad que tú deseas que yo triunfe en la vida?

—Claro, hombre.

—Tengo entendido que todos los hombres que triunfan se casan con mujeres de gran cultura. Mujeres que tan buen papel hacen en el salón como en la cocina.

—Me parece que comprendo lo que quieres decir.

—A veces he pensado, papá, que tú habrías llegado muy lejos si te hubieses casado con Cleopatra.

—No me atrevo a pensar hasta

dónde habría podido llegar—repuso el juez, bastante divertido con las ingenuidades de su hijo.

—Dependen tantas cosas de la buena elección de esposa, papá...

Con duras penas podía el juez contener la risa; pero siguió la corriente, y dijo:

—¿No te gustan las muchachitas un poco montadas a la antigua, como Polita Benedict, por ejemplo?

—Creo que Polita y yo nos vemos demasiado a menudo. Tengo que hablar con ella sobre este punto.

El auto corría a toda velocidad y sin duda Andrés estaba ya pensando lo que diría a Polita, porque no se dió cuenta de que pasaba de largo el camino que conducía al Orfanato.

—Andrés, debemos tomar ese camino. Conduces distraído.

Un frenazo y cambio de dirección puso al juez ante la puerta del benéfico establecimiento en tres minutos. Se apeó y antes de separarse de Andrés, dijo:

—Mientras esperas, medita lo que voy a decirte: Cleopatra llevó al desastre y a la muerte a todos los hombres que la amaron.

—«Muerte, ¿dónde está tu mordedura?»—repuso Andrés en el mismo tono severo con que había hablado su padre.

Este penetró en el Orfanato y en

la escalera encontró a un chiquillo de unos seis años, que indudablemente era de los allí recogidos.

—Hola, pequeño—dijo el juez—¿eres nuevo, verdad?

—Sí, señor; me llamo Francis, señor.

—Muy bien, monín, muy bien.

Andrés vió el chiquillo y saltando del coche se llegó hasta él y le habló:

—¿Eres una niña?

—No, señor; soy un niño.

—Pues hablas igual que una chiquilla.

—Pues soy un niño, y me llamo Francis, señor.

—Con esta manera de hablar, ¿crees tú que llegarás algún día a ser un gran hombre?

—Como usted, señor.

—Has de hablar más reciamente, de lo contrario todos los compañeros te quitarán los juguetes.

El pequeño Francis tenía una melenita rubia muy rizada y sin ser guapo poseía el encanto de todo pequeño, además de sus buenos modales.

—Voy a darte un consejo de hombre a hombre. Has de usar lenguaje enérgico, no malas palabras, precisamente, pero lo corriente entre muchachos y sin melindres. De otra manera, no llegarás nunca a ninguna parte.

Mientras Andrés estaba ilustrando al pequeño Francis y enseñándole unas cuantas palabras de su repertorio, el juez se instalaba en el despacho del señor Benedict, quien lo ponía al corriente del motivo por el cual le había mandado llamar.

El juez leía un documento que decía:

«Habiendo fallado los valores que sostenían el Orfanato, los herederos de Cyrus Carvel no pueden mantenerlo.»

—¿Que han fallado los valores? —exclamó el juez—. ¡Pero si Cyrus Carvel dejó millones!

—Sí, y además dejó una buena cantidad para el sostenimiento del Orfanato.

—Y esto representa que los huérfanos, sin casa ni hogar, se encontrarán de nuevo en la calle. ¡Cyrus Carvel no consentiría semejante cosa!

—Hemos de suponer que los abogados de Nueva York saben lo que dicen.

—¡Quién sabe! Yo recuerdo que los valores que dejó Cyrus Carvel eran magníficos.

—¿Está usted seguro, señor Harvey?

—Tan seguro estoy de ello, que pienso ir personalmente a Nueva York para tratar este asunto con los señores...

—Dabney, Court y Underwood. Andrés y Francis eran ya la mar de amigos y el segundo se expresaba ya con más soltura, haciendo la siguiente proposición:

—Puedes llamarme Paco. Oye, tú, ¿quieres boxcar un poco?

—Muy bien, Paco, muy bien—dijo Andrés—; y no olvides las lecciones que te he dado, porque van a serte muy útiles en esta vida.

Un auto llegó hasta la verja del Orfanato, parando detrás del de los Harvey. Polita lo conducía y al ver a Andrés le llamó. Este volvió la cara distraídamente, contestando:

—Hola, Polita... Márchate, Paco, que tío Andrés tiene que desempeñar una misión dolorosa.

Andrés bajó las cuatro escalerillas que daban acceso al jardín y se dirigió adonde estaba la joven.

—Estoy esperando a papá—dijo ella.

—Polita, quisiera decirte algo.

—También yo quiero hablarte, y te diré lo siguiente: tú y yo vamos demasiado juntos. Debes comprenderlo. Estas amistades de niños a veces acaban en relaciones serias y una muchacha de diecisiete años es superior a un chico de la misma edad.

—¡Polita, estás loca! ¿Tú supe-

rior? ¿A quién suspendieron de geometría el curso pasado, cuando me aprobaron a mí?—dijo, exasperado, Andrés.

Ella no había abandonado el coche y todas las impertinencias se las echaban en cara a través de la ventanilla.

—¿Quién dijo que las Epístolas eran las esposas de los Apóstoles?—preguntó ella, indignada.

—Fué Marco Antonio quien dijo: «Et tu, Brute».

—¿Marco Antonio? ¡Fué César!

Polita se echó a reír. Había vencido y el pobre Andrés no encontraba más argumentos para apabullar a la niña.

—¿No te gustaría buscarte una muchacha que te admirara, que te considerara superior?

Andrés había llegado al límite que puede llegar un hombre sin explotar de indignación y asumiendo un semblante fiero, se acercó más a la ventanilla del coche y exclamó:

—Señorita Benedict, veo que hay jóvenes de diecisiete años que se portan como criaturas de cinco. ¡Buenos días, señorita Benedict!

—Está muy bien, pero como tendremos que encontrarnos en la reunión de editores para hablar de la revista escolar, le ruego que siga llamándome señorita Benedict.

El juez salía del Orfanato y de nuevo tropezó con el pequeño Francis que había estado sentado en la escalerilla observando la refriega entre Polita y Andrés.

—Hola, pequeñín—dijo el juez

amablemente—, veo que te gusta tomar el sol aquí.

—Eres un tío cantando las verdades—repuso Francis, ante el gran asombro del juez que no podía comprender un cambio tan rápido.

LA REUNION DE EDITORES

L
 A escuela superior que frecuentaban los chicos y chicas de Carvel publicaba su revista, como hacen todas las escuelas y universidades de los Estados Unidos, de la que eran editores un tal Beezy, como redactor jefe, Andrés su ayudante y Polita en calidad de administradora. Antes de la publicación de cada número se reunían los tres muchachos y decidían lo que había de ir en la portada, el artículo de fondo y otros pormenores propios de toda publicación.

Aquella misma mañana, después de haber peleado con Polita, debía celebrarse reunión de editores y Andrés no podía menos que asistir. Dejó a su padre en casa y se dirigió

a la escuela. Siempre con el libro de botánica debajo del brazo, se fué al despachito de la redacción, donde ya le aguardaban Beezy y Polita. Saludó malhumoradamente, sentándose ante una mesa, donde depositó el preciado libro, sin pronunciar una sola palabra.

—El editor de la revista del colegio, suplica la atención de su ayudante—dijo Beezy.

—Perdona, Beezy, pero estoy preocupado por otros asuntos—comentó Andrés—. La botánica, por ejemplo.

—Es verdad. Déjame ver este libro...

—De ninguna manera—exclamó Andrés, poniendo ambas manos sobre el libro.

—Debe ser una mezcla de «La caperucita roja» y botánica—dijo Polita irónicamente.

—Bueno, no me interesa tu asqueroso libro—dijo Beezy—. Ocupémonos de aprobar la portada del mes próximo.

Al decir esto, Beezy enseñó un formato en el que aparecía la fotografía de una joven en la primera página, al pie de la cual se leían unas palabras:

—¿El retrato de Cinta?—exclamó Andrés, horrorizado—. ¿Y la llamas la reina de la belleza?

—Pues si ella no lo es, ya me dirás tú quién lo es—preguntó Beezy.

—Alguien que tú no conoces—repuso Andrés.

—Por favor—dijo Beezy—, le prometí a Cinta que iría en la portada. ¿Estáis de acuerdo en que así sea?

—¡No! — contestaron a la vez Polita y Andrés.

—Opino que en la portada debe aparecer la fotografía de un acontecimiento heroico llevado a cabo por algún estudiante. Nada de chiquilladas...

—Aun cuando lo lamento muchísimo—dijo Andrés—, en este caso estoy de acuerdo con la señorita Benedict.

La contrariedad de Beezy era manifiesta.

—Se aplaza la resolución—dijo Andrés.

Sin darle tiempo para nada, Beezy cogió el libro de botánica y se puso a hojearlo. Inmediatamente soltó la carcajada y con el libro abierto se dirigió a Polita mostrándole las fotografías de Daphne Fowler.

—¡Qué ridiculez! ¡Qué chiquillada!

—¿Con que enamorado de Daphne Fowler?

—Haciendo colección de fotos de una muchacha que no vale nada y a quien, además, no conoce.

Polita se moría de risa y Andrés estaba a punto de estallar.

—¡Ya lo creo que la he visto! La conocí hace dos años, y por cierto que demostró marcadamente que le gustaba. Fué un poco imprudente, la muchacha—dijo Andrés dándose tono.

—Daphne Fowler—dijo Polita— estará acostumbrada a salir con jóvenes, con hombres y no se entredrá con colegiales.

—Estás en un error. Simpatizamos tanto que me invitó a que fuera a Nueva York a visitarla.

—Pues ¿por qué no vas?—insistió Polita.

—Mi padre no me dejaría ir.

—Podrías escaparte — sugirió Beezy.

—Tú serías capaz de semejante

cosa y dar un disgusto de muerte a tu madre, pero yo no... Por otra parte, si iba allí es casi seguro que nos casaríamos. No podría ya marcharme de Nueva York. Claro que sería encantador, pero de momento tengo que sacrificarme. Todos tenemos que llevar nuestra cruz...

Así terminó la entrevista de los editores aquel día, porque Andrés, cuando hubo dicho todo lo que creyó conveniente para dar a Polita en las narices, vulgarmente hablando, cogió el libro de botánica y salió de la redacción de la revista estudiantil.

Satisfecho del giro que habían tomado las cosas y convencido de que Polita estaba muerta de celos, Andrés se dirigió a su casa, donde encontró a la familia sentada en la mesa y comiendo.

—Estoy segura que papá tiene algo que decirnos—dijo mamá Harvey—. Conviene que estemos preparados.

—¿Preparados para qué? —preguntó el juez.

—Tienes algo que contar, no sé lo que puede ser. A mí no me engañas, Jaime Harvey—insistió la esposa.

—Tienes razón, y me entrego.

—¿No lo decía yo?

—Voy a ser breve. Hemos de ir a Nueva York a pasar unos días.

—¿A Nueva York? No sabremos comportarnos.

Andrés palideció ante el anuncio del viaje.

—Tenemos un libro de etiqueta y cortesía—insinuó Martita.

—¿Nueva York?—preguntó Andrés, recobrando un poco el color.

—Sí. Tengo un asunto con unos abogados de Nueva York. ¿Qué opinas sobre este, Andrés?

—Que... yo... no puedo ir.

Toda la familia miró al muchacho, extrañados ante su rara declaración.

—Ni puedo ir ni quiero ir. ¿Por qué hemos de ir allí? Nueva York es una ciudad donde florece el vicio y la corrupción. Es un foco de... Nada es un foco y no quiero ir. No me sentiría seguro.

—Pues yo debo ir. «Si la montaña no viene a Mahoma, etc.», ya sabes cómo reza el proverbio, y ésta es una gran oportunidad que tienes de visitar Nueva York.

—¿Qué hay que ver en Nueva York? Unos rascacielos. Unos edificios desde los cuales la gente se suicida. Ya lo he dicho, es un centro de maldad.

—No te negaré, Andrés, que esa ciudad tiene algún aspecto malo como lo tienen todas las ciudades del mundo, pero sea como sea, iremos a Nueva York.

—Yo no iré. Tengo que asistir a las clases y, además, piensa en el gasto—dijo tía María.

—Tú, María, como hermana de mi mujer, también vendrás con nosotros.

Mamá Harvey no pudo contener una sonrisa de satisfacción al escuchar esas palabras y sólo Andrés permanecía malhumorado ante la perspectiva del viaje.

—Ya he pensado en lo de la escuela, María, pero he tomado la precaución de hablar con la directora y me ha sido fácil obtener permiso para unos días. Pondrán otra maestra en tu lugar.

—Papá, ¿has pensado que si dejo de asistir a clase no podré exami-

narme? Acabaré siendo un perdido, andando por esas calles.

—Tía María repasará tus lecciones mientras estemos en Nueva York. He teleografiado a los Booth, nuestros buenos amigos, que nos busquen una pensión.

—Andrés podrá jugar con Betsy Booth. Ya debe tener quince años—dijo mamá Harvey.

Al oír esto, Andrés miró a su madre con verdadera angustia. ¿El, jugar con una niña de quince años? ¡El, que amaba a Daphne Fowler!

—Bueno, hijo mío, come, que se está enfriando todo—dijo la madre.

—Se acaba de hundir el mundo a mis pies y me ofrece carne en conserva con coles. ¡Qué vida!—exclamó Andrés.

UN VIAJE INESPERADO

EL diario de Carvel anunciaba en sus notas sociales el próximo viaje de los Harvey a Nueva York y a Beezy le faltó tiempo para correr a casa de Polita Benedict para darle a leer el notición.

—Me alegro—dijo Polita—. Ahora tenemos a don Andrés Harvey donde queríamos. Espera un momento.

Polita se dirigió al teléfono y llamó a casa de los Harvey.

—¿Está Andrés?

—Soy yo. ¡Ah! Es la señorita Benedict. ¿Qué ocurre?

—¿Has leído el diario de hoy?

—Sí, ya lo he visto.

Si Polita hubiese podido ver la cara de Andrés, todavía hubiese es-

tado más segura de que aquél se hallaba en un apuro.

—¿Marchas a Nueva York?

—Mi familia marcha; yo todavía no sé si les acompañaré.

—¿Por qué?

—No me encuentro muy bien.

—Ya te pondrás bien en cuanto te halles ante la mujer amada.

Beezy, que oía la conversación, reía satisfecho. Andrés, en cambio, estaba sombrío de verdad.

—Por cierto, Andrés—continuó Polita—, nuestra revista publicará una crónica de tus amores con Daphne.

—De ninguna manera, Polita, esto es un secreto entre ella y yo.

Beezy cogió el aparato de manos de la joven, y habló:

—Oye, Harvey, creo que sería conveniente que pudieras demostrar que eres el novio de esa muchacha; de lo contrario cuando regreses a Carvel serás el hazmerreir del pueblo.

Esta idea aterrizó a Andrés, a quien esta conferencia telefónica le estaba resultando un verdadero martirio.

Polita habló de nuevo.

—Lo mejor será que nos proporciones una fotografía de ti y Daphne con la cual ilustrar nuestra crónica.

—¿Así tú y Beezy os comprometéis a publicar nuestra foto en la portada de la revista, si os la mando?

—¡Claro!—exclamó Polita, sonriendo maliciosamente a Beezy.

—Está bien, adiós—dijo Andrés sintiéndose enfermo de verdad.

Toda la oposición de Andrés al viaje consistía en que habiendo presumido de ser amigo de Daphne Fowler, temía lo que ya le había anunciado Beezy, que sería objeto de la burla de todo Carvel por querer pretender que conocía a una millonaria.

Los preparativos para la marcha se hacían rápidamente y llegó el momento en que ya se dirigían a la estación. Las señoras estaban ya preparadas. El viaje les hacía una ilusión enorme y no las tuvieron que

rogar mucho para disponer la marcha. El único que hacia el remolón era Andrés.

La madre, Martita y tía María, con los sombreros y abrigos puestos, estaban en el recibimiento de la casa.

—Andrés—dijo la madre—, mientras nos vamos a la estación. Espera a tu padre y vendréis juntos; pero no vayáis a entreteneros, que no falta mucho para la hora de la salida del tren. No te olvides de cerrar el gas en cuanto papá haya tomado el café. ¿Oyes?

Las tres mujeres salieron decididas hacia la estación y Andrés quedó solo en la casa, todavía con la idea de no acompañarles en aquel famoso viaje.

Al poco rato llegó el juez Harvey, que había estado despachando con su secretario antes de emprender el viaje que le tendría ausente unos días.

—Andrés, ¿has hecho todo lo que te ha dicho tu madre?

—Sí, todo menos cerrar el gas.

—Pues ya puedes cerrarlo, porque no quiero tomar café ahora. Y ¿qué es lo que me ha encargado a mí? Ah, ahora recuerdo!

Al decir esto, el juez salió de la habitación y se dirigió al piso superior. Andrés aprovechó este momento para retrasar el reloj unos diez

minutos, salió a la salita y se tendió en un diván. Cuando regresó el juez y le vió allí echado no pudo contener un movimiento de sorpresa.

—¿Qué ocurre ahora?

—No te preocupes de mí, papá. Procura no perder el tren y déjame tranquilo...

—Pero si estabas la mar de bien.

—Debe ser un agotamiento nervioso. Estaba bien, como tú dices, y de repente me he sentido mal. Vi unas manchas negras ante mis ojos, pareció que oscurecía... Temo que no tengo bien el corazón.

El juez no sabía exactamente qué pensar, porque Andrés parecía no estar bien; pero, por otra parte, temía que se tratara de una de sus jugarretas, tanto más cuanto desde el primer momento en que se trató de ir a Nueva York demostró deseos de no acompañarles.

—Conozco el mejor tratamiento para tratar con enfermos del corazón. Consiste en coger al paciente por el pescuezo y...

Acompañó las palabras de obras y dió un buen tirón al muchacho, casi obligándole a levantarse.

—No, papá, no; déjame morir tranquilo aquí, sobre este sofá.

—¡Andrés Harvey! Te aconsejo que te levantes y te dispongas a marchar.

El tono de voz del juez no daba lugar a dudas y Andrés se levantó.

—Tenía que intentarlo—dijo el muchacho.

—Me molesta tener que interrogarte, pero no me explíco tu oposición a este viaje.

—Papá, es un asunto sobre el cual prefiero no hablar. Aunque si pudiéramos discutirlo un buen rato, cuidadosamente...

—Sí, y «cuidadosamente» dejar escapar el tren. No, Andrés, nos vamos inmediatamente.

—¡Supongo que esto es definitivo!

—¡Absolutamente!

—Pues es cuestión de echar a correr, porque he retrasado el reloj diez minutos.

El juez miró el reloj, horrorizado, y cogiendo a Andrés del brazo salieron corriendo de la casa.

EN LA CIUDAD DE LOS RASCACIELOS

A pesar de todos los remilgos de Andrés, en cuanto se encontró en el tren empezó a disfrutar del paisaje y cuando, por fin, se divisó Nueva York, se mostraba entusiasmado. Tanto como él lo estaban las tres señoras, encantadas con todo lo que veían. La altura de los edificios las maravillaba.

—¡Es estupendo! — exclamaba tía María.

—¡Parece un sueño! — decía Mar-tita.

—¿Está ardiendo aquel edificio? — preguntaba mamá Harvey al ver gran cantidad de humo que salía de un tejado.

—No, esto debe ser una chimenea de calefacción — dijo el juez.

—Por cierto, Andrés, ¿te acordaste de cerrar el gas?

—Mamá, ya sabes que siempre hago lo que me mandas.

—Supongo, Jaime, que los Booth nos habrán buscado una pensión económica...

—No te preocupes. Betsy, la niña, me telegrafió diciendo que sus padres no están en Nueva York actualmente, pero que ella se había ocupado de mi encargo y que todo estaba bien.

—¿Y adónde debemos dirigirnos?

—Ya me daba la dirección, calle y número. Betsy es una muchachita muy lista.

Un taxi condujo a los Harvey a la dirección que Betsy había mandado al juez y al poco rato se encon-

traron en una casa de buen aspecto, situada en un barrio distinguido.

La portera les dijo que podían subir y les entregó una llave del piso. Este tenía las habitaciones necesarias y estaba decentemente amueblado.

—Siento mucho oler a café—dijo la señora Harvey.

El juez se dirigió a la cocina y allí se encontró con que estaba Betsy Booth preparando café para los recién llegados.

—¡Oh, Betsy! ¿Tú por aquí? Molestándote para hacernos agradable la estancia.

—Pues no faltaría más.

Betsy había salido de la cocina para saludar a toda la familia que la recibieron con grandes muestras de alegría.

—Supongo, juez, que no le sabría mal que me hiciera cargo de lo que usted pedía a papá, en ausencia de éste.

—Claro, chiquilla.

—Ahora me entretiene haciendo un poco de café, en vista de que aun no ha venido una criada que he alquilado para ustedes. Este es Andrés, ¿verdad? Cuánto me alegro de que hayas venido a Nueva York.

—Dime, Betsy, ¿tú sola nos has buscado este piso y lo has arreglado todo? —preguntó Martita, asombrada.

—Sí, yo sola.

—Ves, Andrés, cómo las niñas en Nueva York piensan en algo más que en bailar la rumba.

—¡Oh, el café!—dijo Betsy, que sin duda lo había ya olvidado.

Cuando volvió de la cocina se dirigió a Andrés:

—He traído mi radio, Andrés, para que no te aburras. Recuerdo que cuando yo estuve en Carvel me acompañaste a todas partes.

Las señoras, acompañadas de Betsy, se dirigieron a la cocina, quedando solos el juez y su hijo. La amabilidad de Betsy para todos era manifiesta, pero también lo era su interés por Andrés.

El juez miró a su hijo y le puso la siguiente pregunta:

—Muchacho, ¿qué las das?

—Te aseguro, papá, que no me importa un comino. No hay más que las chicas siempre adoran al héroe.

—Pues bien, mi pequeño héroe, ¿y si abriéramos el equipaje?

El trabajo de abrir el equipaje corrió a cargo del padre y la madre, porque los dos jóvenes tenían otras preocupaciones.

—Me siento con ánimos de vencerlo todo en esta ciudad—dijo el juez.

—Así me gusta oírte, Jaime.

—¡Mamá Harvey, por fin has traído el libro de etiqueta que per-

teneció a tu abuela! — exclamó el juez, sacando un viejo libro del fondo de una maleta. ¿No comprendes que este libro explica cómo debían comportarse la gente de hace ochenta años.

—Las buenas costumbres de verdad, son inalterables. ¿Crees que está bien que Andrés haya acompañado a Betsy a su casa?

—¿Por qué no? Los gangsters podrían secuestrarle a él si fuera solo. Ella, como es neoyorquina, seguramente que lleva revólver.

Los dos jóvenes se fueron andando por la Quinta Avenida, ella muy alegre hablando y él mirándolo todo con perfecta indiferencia.

—Conozco muy bien Nueva York —decía Betsy— y te puedo llevar a ver la estatua de la Libertad, la tumba de Grant y el Rockefeller Center, que son unos edificios magníficos.

—Cosa de criaturas — contestó Andrés.

—Tal vez, aunque me parece un poco duro para Rockefeller tu apreciación. Mira, esto es la Catedral Católica de San Patricio. ¿No te gustaría casarte en una iglesia así?

—No lo sabré jamás, porque pienso vivir y morir soltero.

Betsy estaba un poco alarmada ante la indiferencia de su amiguito, pero como niña bien educada, no se

atreve a preguntar cuál era el motivo de tanta displicencia.

Por fin llegaron ante un bonito edificio y Betsy dijo:

—Aquí vivo yo...

—Muy interesante para los turistas.

—Has sido muy amable en acompañarme. ¿Quieres subir?

—No, no, muchas gracias; tengo graves problemas a resolver. Nueva York está contra mí y uno de los dos debe sucumbir.

—¿Te serviría de algo utilizar el auto y el chofer de mamá?

—Tal vez...

—Yo también iría en el coche.

—No me importa que vengas, con tal que no me interrogues.

—No temas, ni te darás cuenta de mi presencia. ¿A qué hora puedo ir a buscarte?

—Es conveniente salir temprano. ¿A las seis?

—Me parece que las seis de la mañana es muy pronto. Tal vez a las nueve...

—Sí, pues a las nueve. Adiós, Betsy, hasta mañana.

—Adiós, Andrés, adiós.

La muchachita, que sin duda estaba prendada de Andrés por haber sido su compañero de juegos en otros días, cuya llegada había esperado con tanta ilusión, no comprendía la actitud sombría de aquel mu-

chacho que ella recordaba tan alegre y simpático. Desconsolada, penetró en el zaguán de su casa y fué cortésmente saludada por el portero:

—Buenos días, señorita. Hermoso día.

—Cosas de criaturas...

El ascensorista también la saludó amablemente:

—Buenos días, señorita Botth, ¿se encuentra usted bien?

—Jamás lo sabré...

Al llegar a su piso, salió a recibirla una camarera.

—Buenos días, señorita. Tienen usted varias cartas encima la mesa.

—Muy interesante para turistas.

Era evidente que las palabras de Andrés habían dejado profunda huella en la imaginación de Betsy.

El mayordomo se dirigió a ella, preguntándole lo siguiente:

—¿Espera la señorita algún invitado a comer?

—Espero vivir y morir soltero.

Betsy tenía ganas de llorar. Se sentía muy sola. Sus padres habían ido a pasar unos días a un punto de baños y ella había visto con gran alegría la llegada de los Harvey; pero ahora, después de observar cómo se portaba Andrés con ella, sospechaba que de aquel viaje no podría guardar ningún buen recuerdo. ¡Tan amable que había estado con ella

cuando estuvo en Carvell! ¡Oh, los hombres!

El tormento de Betsy había regresado al pisito que con tanta ilusión ella les había procurado y encontró a su madre sola.

—Oye, mamá, si te hago una confidencia: ¿la contarás a tu marido?

—¿Mi marido? Pero si mi marido es tu padre.

—Sí, ya lo sé, pero...

—Te comprendo.

—Me explicaré. Supongamos que te encuentras forastero en una ciudad y supongamos que deseas dirigirte a alguien... ¿cómo he de hacerlo?

—¿Por qué no le escribes una carta? Será mejor que consultemos el libro de etiqueta.

—Tienes razón, mamá, sáturname de etiqueta.

—Una carta así debería entregarse personalmente.

—Mamá, estás leyendo mi pensamiento...

—Espera un momento, a ver lo que dice aquí: «Una carta para presentar a un caballero que todavía no es famoso, a una dama del gran mundo, de posición social muy distinguida».

—Esto es, mamá, esto es.

—Ahora te leeré el texto de la carta: «Permitame que le presente mi amigo don Juan Smith...»

—¿Quién es don Juan Smith?

—En tu caso serías tú, ¿no comprendes?

—Es verdad. Sigue, sigue.

—A ver, ¿dónde estaba? Aquí está... «...mi amigo don Andrés Harvey, un joven cuyos irreprochables modales y simpatía...»

—Ni más ni menos, mamá, éste soy yo.

—Pues aquí tienes el modelo de la carta, la escribes y la diriges a quien sea. Toma el libro. Ves cómo ha sido una buena idea traer a Nueva York el compendio de etiqueta de tu abuela.

Andrés, con el tomito debajo del brazo, se dirigió a su habitación, donde empezó a redactar la famosa misiva que pensaba entregar a Daphne Fowler.

A las nueve de la mañana, poco más o menos, Betsy Booth, un poco repuesta del estado sonambúlico en que la había dejado la actitud de Andrés, se dirigió a casa de los Harvey en su coche, para salir con su amiguito, tal como habían quedado el día anterior.

La carta escrita desde la noche anterior, descansaba en el bolsillo interior de la chaqueta de Andrés y cuando llegó Betsy a recogerlo salió en seguida, demostrando cierta satisfacción al ver la puntualidad de aquella niña. Esta también se mos-

tró satisfecha porque ignoraba cuál era el motivo de la buena cara de Andrés. Este ya había tomado sus precauciones: ya sabía dónde vivía Daphne, y había resuelto en qué esquina haría esperar a Betsy en el coche mientras él iría a entregar la trascendental carta.

—¿Hacia dónde vamos, Andrés? —preguntó la niña.

—Me interesa parar en la esquina antes de llegar a la Catedral de San Patricio que me enseñaste ayer.

Betsy dió al chofer un número y situación de calle y el majestuoso sedán de los Booth se deslizó sobre el asfalto de la Quinta Avenida.

—Señorita Betsy, ¿es esta la esquina? —preguntó el chofer.

—¿Qué te parece, Andrés?

—Sí, está bien aquí. Puede parar.

Saltó el chofer a tierra, abrió la portezuela y saludó respetuosamente a Andrés. Este, dirigiéndose a Betsy, dijo:

—Tú me esperas aquí, Betsy, y te suplico que no me sigas.

—Te prometo que no me moveré. Hasta cerraré los ojos, y usted, Prentiss, haga el favor de no mirar adónde se dirige el señor Harvey.

El chofer sonrió, divertido ante las chiquilladas de los dos jóvenes.

Andrés cruzó la calle, se dirigió a la contigua y al poco rato paró ante

una señorial mansión. Pulsó el timbre tímidamente y apareció un portero con librea, a abrir. Este miró al joven de arriba a abajo interrogativamente.

—¿Está en casa?

Nuevo motivo de admiración por parte del portero, semejante pregunta.

Andrés se dió cuenta de que no estaba en Carvel y rectificó:

—Quiero decir la señorita Fowler. Traigo una carta para ella.

—Muy bien, señor, se la entregará.

—¡Oh, no! Tengo que entregarla personalmente.

—Puede usted pasar, señor.

Andrés transpuso el umbral del hogar de su amada con una palpación enorme, pero procuró disimular ante el servidor.

—Voy a avisar a la señorita Hackett, la dama de compañía y podrá entregarle la carta.

Desapareció el portero, y Andrés se sentó en un sofá que había en el gran vestibulo que daba acceso a una escalera que conducía al piso superior.

—Oiga — dijo Andrés llamando al portero, ¿por qué avisa usted a esa señorita?

—Porque dudo que pueda usted entregarla personalmente a la seño-

rita Daphne... En seguida vendrá. Siéntese, señor.

—Gracias.

Andrés empezó a recorrer con la vista aquella casa tan distinta de las viviendas de Carvel y de repente oyó una voccecita simpática que procedía del piso superior, dándole en el corazón que se trataba de la mujer adorada.

—Señorita Hackett, ¿podría usted telefonar al hotel donde celebran el desfile de modelos y decirles que dentro de pocos minutos salgo de casa?

Un instante después apareció una señorita entrada en años, vestida de negro que descendía la escalera. Miró a Andrés, pero no le dió ninguna importancia. Supuso que sería alguien que iba a cobrar una factura. Poco sospechaba la señorita de compañía de Daphne que aquel muchacho era el más ferviente adorador de su discípula. Cuando la institutriz desapareció del vestibulo, Andrés subió al piso superior, sin aguardar más, y al llegar al final de la escalera penetró en un salón. Al fondo de aquél se veía una habitación, en el centro de la cual había un tablado en el que estaba Daphne, sometida al objetivo de un fotógrafo que la estaba retratando para que su foto apareciera en la revista que aquél representaba. Junto al fotó-

grafo estaba la señora Fowler, Daphne, vestida con un traje deslumbrante, adoptaba una actitud graciosa que por un momento hizo creer a Andrés que estaba en el paraíso.

La señora Fowler fué la primera en ver al intruso.

—Joven, ¿qué es lo que busca aquí?

—Traigo una carta para la señorita Fowler, que debo entregar personalmente.

—Puede usted entregármela a mí. Andrés estaba tan absorto mirando a Daphne, que maquinalmente entregó la carta y sin quitar los ojos de la joven, dijo:

—No hay nada en la carta que su madre no pueda leer.

La señora Fowler sacó la misiva del sobre y empezó a leer.

—¿De qué se trata, mamá?—preguntó la muchacha desde su pedestal.

—Nada importante, hija mía. Venga conmigo, joven.

Andrés obedeció y aun cuando se decidió a seguirla, continuó mirando a Daphne.

La madre le acompañó hasta el salón y creyó prudente bajar con él. Andrés recobró el uso de la palabra.

—Señora Fowler, no sabe usted el interés que tengo en conocer a su

hija... Sería un placer enorme para mí.

—Esto no es tan fácil como parece. Mi hija se ve constantemente solicitada para asistir a fiestas, reuniones benéficas, conciertos... y no puede aceptar todas las ofertas de amistad que le salen al paso. Además, joven, una amistad no se improvisa con una carta.

La señora Fowler, mujer de mundo, que veía a través de la candidez de aquel chiquillo, no quería ser cruel, pero tampoco podía darle alas.

—La amistad, señor Harvey... Este es su nombre, ¿verdad?

—Sí, sí; yo mismo redacté la carta.

—La amistad, pues, es algo que se consigue con el tiempo, se forman grupos, se simpatiza, se admira lo mismo, existen intereses mutuos...

—¿Quiere usted decir que entre su hija y yo no puede haber ningún interés común? Me da usted a entender que no soy de la misma clase social...

—No he dicho esto—dijo la madre de la millonaria, tratando de herir lo menos posible la susceptibilidad del muchacho—. He querido insinuar solamente que andamos por distintos caminos.

—Señora Fowler, mi familia, yo, somos muy buena gente...

—No tengo la menor duda sobre esto, pero existen millones de buenas gentes... y Daphne no puede hacer amistad con todas.

—Usted quiere decir que no existe ningún motivo que justifique mi amistad con su hija, y en cambio usted halla razones que justifican el que no llegue ni a hablar con ella.

—Usted no ha comprendido, joven.

—En la ciudad de provincia donde nosotros vivimos, todos los vecinos estamos interesados los unos en los otros.

—Lo comprendo.

La singular pareja formada por la señora Daphne y Andrés había llegado al final de la escalera y se hallaba parada en el vestíbulo.

—Joven, muy buenos días.

El portero apareció y la señora Fowler no esperó la despedida de Andrés, así es que cuando éste le devolvió el saludo, ella ya estaba de nuevo arriba. No sabiendo cómo salir de aquel atolladero, Andrés se dirigió al portero:

—Supongo que a usted no le he molestado...

—No, señor, no; ni lo más mínimo—y al decir esto abrió la puerta para que saliera a la calle el infortunado tenorio.

Con paso vacilante, el sombrero sobre el pescuezo y la mirada extrañada, Andrés llegó de nuevo al coche, donde le esperaba Betsy.

—¡Andrés! — exclamó Betsy—, ¿qué te ha ocurrido? ¿Alguna desgracia?

—No, pero acabo de envejecer cincuenta años.

Subió al coche, cayendo desplomado sobre el asiento. Betsy, sentada a su lado, continuaba interrogando:

—Pero ¿qué te ha sucedido?

—Se trata de un secreto que me acompañará hasta la tumba.

—Señorita Betsy, ¿adónde vamos ahora?—preguntó el chofer.

—A cualquier parte donde reine la paz—dijo Andrés.

—A la tumba de Grant—repuso Betsy.

El coche les condujo a la famosa tumba del general Grant, donde se apearon los dos jóvenes. En una lápida se leía la siguiente inscripción:

«Dadnos la paz.»

—Sí, general Grant, paz para vos y para mí—dijo Andrés en tono fúnebre.

—Entremos — dijo Betsy—, tal vez los sarcófagos te reanimen.

—¡Qué mundo! Pensar que en Carvel están esperando reírse con mi entierro y en Nueva York busco la felicidad en las tumbas.

—No es eso. La vista de estas tumbas te servirá para sentirte feliz de vivir.

—Hay algo en lo que acabas de decir; algo, pero no mucho.

Los dos jóvenes recorrieron el interior del monumento, parándose a leer las inscripciones en las tumbas del general Ulysses S. Grant y de su esposa, Julia D. Grant.

—Impresionante, ¿verdad?—preguntó Betsy—. ¿Estás contento de vivir?

—Nunca como hoy me había dado cuenta de las ventajas que tiene ser un cadáver.

—Andrés, ¿por qué no me explicas tus penas? Soy mujer y podría ayudarte.

—¡Imposible! La tragedia roe mis entrañas, pero no puedo hablar.

—No te entregues a la desesperación. Toma ejemplo de Grant, nunca se entregó.

—Grant nunca se encontró con problemas como los míos. Su única preocupación fue la guerra civil.

—Pues hazte cargo que tu tragedia es una guerra civil.

—¿Qué hacía el general Grant? ¿hablaba, luchaba, se defendía?

—Entonces, tú tampoco te rendirás, ¿verdad? Planearás una nueva campaña?

—Betsy —dijo Andrés, animándose—, descubriré el punto débil del enemigo y haré un movimiento estratégico. Vamos, Betsy, que si llego tarde a comer, no habrá estrategia que me salve de un discurso de papá. Acompañame a casa.

EL ENIGMATICO ANDRES HARVEY

CUANDO los Harvey llegaron a Nueva York, todos traían su plan y aun cuando no todos eran de la calidad y audacia del de Andrés, a todos les daba bastante que hacer la realización del mismo.

El juez no había salido de casa aquella mañana, habiendo preferido estudiar bien el asunto del Orfanato de Carvel, ya que al día siguiente se celebraba la vista.

Tía María llegó de la calle. Venía un poco azorada.

—Jaime — dijo sin levantar mucho la voz.

—¿Ah, María! ¿eres tú? ¿Cómo ha ido la cuestión del abrigo? ¿Se ha dejado engañar mi mujer?

—Sí, está convencida que es para

mí, aunque me aconseja que no gaste tanto. El cuello de piel lo hace un poco caro.

—Tú insistes en que lo quieres y que lo necesitas; pero que no llegue a sospechar que es para ella. ¿Comprendes, María?

—De ninguna manera. En seguida se le ocurriría cambiarlo por una sartén o una cacerola. ¿Cómo marcha el asunto del Orfanato?

—¿Han llegado mis hijos? No, no hay nadie en casa. Pues te diré, María: he ido dos veces a las lujosas oficinas de los abogados Dabney, Court y Underwood y resulta que éste último, el poderoso Underwood, está de vacaciones y nadie sabe nada, ni les importa saber nada. Así es que he decidido celebrar una vis-

ta, tanto si quieren como si no quieren; pero no digas nada a mi mujer porque se preocuparía.

Se oyó cerrar la puerta del piso y apareció Andrés con el sombrero y el abrigo puestos, la misma cara sombría con que había salido de casa de los Fowler, y una mano en el pecho y otra en la espalda, a lo Napoleón Bonaparte. El juez y tía María quedaron sorprendidos ante aquella aparición.

—Oye, hijo mío, ¿quién te imaginas que eres?

—¡El general Grant Harvey!

—Tal vez hubiese sido mejor que no hubieras venido a Nueva York.

—Tú lo has dicho, papá; habría sido mucho mejor. No tendría que roer tan terrible des...

No quiso terminar la frase y el desventurado muchacho se encerró en su habitación, se desplomó sobre el fecho y ahogó unos sollozos.

Tal como había anunciado el juez a su cuñada, se reunió el juzgado, a petición del juez Harvey para investigar en la cuestión del Orfanato de Carvel.

—El asunto del Orfanato—anunció el presidente de la sala.

—Excelencia—dijo el juez Harvey, dirigiéndose al presidente—, vengo en representación del Orfanato de Carvel.

—Excelencia — dijo el abogado

Underwood a su vez—, represento los herederos de Cyrus Carvel. Soy el abogado Underwood. He estado ausente unos días. ¿Usted es el señor Handy?...

—No, señor; me llamo Harvey.

—El señor Harvey tendrá la bondad de explicar su petición—dijo el presidente.

—Mi petición consiste, señor presidente, en solicitar que los herederos de Cyrus Carvel continúen sosteniendo el Orfanato, como han hecho hasta hace poco.

—Es evidente que el juez Harvey ignora—dijo Underwood— que se hizo una enmienda en el contrato original, enmienda que está firmada por el presidente del Orfanato de Carvel, Harlan W. Wyatt. Durante la depresión financiera de 1929, el señor Wyatt nos dió instrucciones para vender los valores americanos pertenecientes al Orfanato y adquirir valores extranjeros.

—Ya comprendo, y la actual situación de Europa ha desvalorizado dichos valores—repuso el juez Harvey.

—El señor Wyatt aceptó el cambio y este documento lo acredita—insistió Underwood, mostrando un documento—. Por consiguiente, suplico al señor presidente que desestime la petición del juez Harvey en favor del Orfanato.

—Señor presidente — dijo Harvey—, esta información referente al cambio de los valores me ha cogido de sorpresa. Por consiguiente, pido que su excelencia aplace toda resolución hasta el próximo lunes. Esto me daría tiempo para formular la misma demanda, pero en otros términos.

—Concedo el aplazamiento— dijo el presidente, y levantó la sesión.

Andrés había tenido intención de acompañar a su padre al juzgado, pero su depresión era tal, que llegado el momento no se vió capaz de ello y pasó todo el día en su habitación pensando en la manera de salir de todos los apuros en que su presunción le había metido.

De repente, una noticia del diario atrajo su mirada. Leyó lo siguiente:

«Daphne Fowler hablará por radio.

»Esta noche, a las diez, la señorita Daphne Fowler, joven damita de la buena sociedad neoyorquina, hablará desde la emisora W. H. N., como presidenta del Club Canino.»

Todavía faltaba un buen rato hasta las diez de la noche, pero Andrés puso en marcha la radio, no fuera a

pasarle por alto la mágica emisión que le permitiría oír la voz de Daphne.

Por fin llegaron las diez de la noche y la voz clara del locutor pronunció el deseado anuncio.

—...Y ahora, señoras y señores, oirán ustedes la simpática voz de la señorita Daphne Fowler, la joven de moda. La hermosa señorita Daphne va a dirigirse a ustedes.

Una vocécita agradable substituyó a la del locutor:

—Señoras, señores, como presidenta del Club Canino, invito a todos ustedes a la fiesta benéfica que se celebrará en el Club Sirocco. Todo cuanto se recaude será destinado a nuestro fondo para los perros sin hogar. Tengo deseos de encontrar a todos ustedes en esta fiesta, a todos los que sienten algo de afecto por los perros, este animalito que no en vano se considera el más fiel amigo del hombre.

Andrés escuchó absorto el pequeño parlamento y cuando ya la voz de Daphne había dejado de vibrar a través del altavoz, el muchacho tuvo una idea:

—¡Betsy!

LA FIESTA EN EL CLUB SIROCCO

ABANDONANDO un poco el aspecto de mártir que había adoptado Andrés desde su poco afortunada visita a la mansión de los Fowler, se arregló y fué a visitar a Betsy.

—Tengo que asistir a una fiesta vestido de etiqueta y no tengo ropa. ¿Cómo puedo arreglar esto?

Betsy, que no deseaba otra cosa que poder ser útil a Andrés, le dijo que no era difícil alquilar un frac en Nueva York. Ella le diría dónde podía dirigirse y todo quedaría resuelto a satisfacción. Como que Andrés le había dicho en otra ocasión que no le hiciera preguntas, la niña se guardó muy bien de interrogarle; pero le facilitó todas las señas y datos necesarios para que su distra-

do amigo pudiera asistir a la fiesta que parecía tenerlo tan absorto.

Llegó la noche del ansiado festival y Andrés fué a vestirse en casa de Betsy, ya que no había dicho nada a sus padres de todas las aventuras que se imaginaba estaba corriendo.

—Betsy, ¿han traído mis cosas?

—Sí, las encontrarás en aquella habitación.

—Te quedarás postrada cuando me veas vestido. Vas a caerle de espaldas.

Andrés se dirigió a la habitación que le había indicado su amiguita y ella permaneció en la sala esperando ver el dechado de elegancia que resultaría Andrés vestido de frac. Para matar el tiempo de la espera, Betsy puso en marcha la gramola y

A N D R E S H A R V E Y T E N O R I O



—¡Señorita Benedict, veo que hay jóvenes de diez y siete años que se portan como criaturas de circo!

—No puedo sentarme, no tengo tiempo. Estoy «botanizando».



Un grupo de familia.



—Voy a darte un consejo de hombre a hombre.

A N D R E S H A R V E Y T E N O R I O



El juez Harvey informan-
do en el Juzgado de Nueva
York.

—¿Y la llamas la reina
de la belleza?



—Andrés, ¿has recibido malas noticias?



—Debe ser un agotamiento nervioso.

A N D R E S H A R V E Y T E N O R I O



—Señorita Fowler, encantado de conocerla.

—He traído mi radio, Andrés, para que no te aburras.



Andrés Harvey y la millonaria Daphne Fowler.



—Andrés, ¿qué te ha ocurrido? ¿Alguna desgracia?

A N D R E S H A R V E Y T E N O R I O



—leesy, ¿Sabes lo que estoy pensando? ¡Que algo mejor está secretamente casado con Daphne!

—¿Pero no estás enamorado de ella?



—¡Cómo aumentan las mujeres en la vida de un



—Papá, ¿crees que toda esto tiene algo que ver con mis asuntos?

cantó una canción sentimental, con la buena intención de que llegara a oídos de Andrés. Este no oía nada en absoluto. Iba a asistir al festival benéfico que había anunciado Daphne por la radio y estaba sordo a todos los cánticos amorosos que le pudiera dedicar Betsy.

No empleó cinco minutos en vestirse el enamorado galán, sino más de un cuarto de hora y por fin anunció su aparición gritando desde el cuarto:

—¡Betsy! Prepátate, que ahora salgo.

Se abrió la puerta y apareció Andrés vestido de frac con la chistera puesta. A cualquiera hubiera hecho estallar de risa el aspecto de aquel chiquillo, porque el sombrero le estaba pequeño, y además se movía con tan poca desenvoltura, que más que hombre parecía un muñeco; pero a los ojos enamorados de Betsy resultó de una elegancia enorme.

—Andrés, estás elegantísimo!

El joven «Brummel» adelantó unos pasos, dió la vuelta y de nuevo se paró ante su admiradora.

—Tal vez el sombrero es un poco pequeño, Andrés.

—¿Sí? Es que no sé cómo se llevan esta temporada en Nueva York. ¿Podiste un seis y medio?

—¡Oh, Andrés! Podí unos guan-

tes del seis y medio y un sombrero del cuatro y medio.

—Pobre de mí! ¿Qué haré ahora? Este sombrero es para un enano.

—Espéra, quizá el de papá te vaya bien.

Betsy salió como una flecha de la salita y al poco rato regresaba con otro sombrero de copa. Andrés se lo probó y le entraba hasta las orejas.

—Pondremos un poco de papel y entonces te quedará bien.

Mientras Betsy intentaba arreglar el sombrero de copa, Andrés miró la perla con que se abrochaba la almidonada camisa.

—Es de papá esta perla — dijo Betsy.

—Sí, sí; está muy bien. Da el golpe.

—Escucha, Andrés, ¿adónde vas?

—preguntó Betsy, no pudiendo contener su curiosidad.

—Al Club Sirocco.

—Tengo entendido que es un lugar muy caro.

—¿Caro? Por caro que sea, una cena no puede costar más de un dólar.

—Cuesta más, estoy segura de ello.

—Tengo dinero para comprar el Club Sirocco. Lo que me interesa es un poco de información. Tal vez tú

podrías decirme la forma en que he de ordenar la minuta.

—No lo sé exactamente; pero he oído decir a papá que cuando come en un restaurante cuya cocina y precios ignora, a fin de que le sirvan bien, pide la especialidad de la casa.

—Gracias, Betsy. Realmente eres una muchacha muy servicial, estás hecha una mujercita. No me puedo entretener más, es tarde y deseo ser puntual. ¿Dónde está mi abrigo?

Andrés se puso el abrigo; colocó la enorme chistera del señor Booth sobre su cabeza, cogió el bastón, hizo una reverencia y se dispuso a marchar. Estaba ya fuera de la habitación cuando Betsy insistió en lo mismo que ya le había preguntado:

—Andrés, ¿estás seguro de que llevas bastante dinero para asistir a una fiesta de esa clase?

—Llevo ocho dólares. Supongamos que la cena me cuesta dos, digamos tres... todavía me quedan cinco para quemarlos. Adiós, Betsy, hasta mañana.

No había andado dos pasos y ya Andrés no se acordaba de que Betsy existiera, a pesar de que, gracias

a su amabilidad, había podido hallar quien le alquilara un frac y lucir una perla verdadera en la pechera de la camisa. El sólo pensaba en Daphné, a la que vería dentro de poco en el Sirocco y que tal vez le reconocería, porque él, finalmente, había estado en su casa, en su propio saloncito, y la madre tampoco se había portado mal del todo. Andrés se iba animando poco a poco, y toda la pesadumbre inflingida aquel día se iba disipando lentamente, al extremo de considerarse como un amigo de la casa.

Este era el estado de ánimo del tenorio de Carvel. En cambio, la pobre Betsy, cada vez más enamorada de su antiguo compañero de juegos, no tenía para él un solo reproche, a pesar de su mal humor y malas caras.

Betsy no tenía nadie que la consolara. La ausencia de sus padres tal vez habría hecho más llevadero el desengaño, aunque no se habría atrevido a confesarles el estado de su corazón. Pero quizá su madre lo habría adivinado. Su único consuelo era cantar y volvió de nuevo a poner un disco en la gramola que acompañó con una lastimera canción.

UNA COMIDA MEMORABLE

EL Club Sirocco era uno de los más selectos de Nueva York; por esto lo había elegido Daphne Fowler para su fiesta a beneficio de los perros sin hogar.

Andrés, cuya ignorancia de las costumbres de la capital era suprema, se dirigió allí tranquilamente, pensando sólo en Daphne y considerándose rico con sus ocho dólares.

El jefe de los camareros se dirigió a Andrés al verle entrar y le preguntó si tenía mesa reservada, y a qué nombre.

—No he hecho reservar mesa. Me llamo Harvey...

—¿Harvey?...

—Sí, mi padre es el juez Harvey.

—¡Oh, muy bien, señor! Hijo de un juez... Por aquí.

El camarero iba delante de Andrés conduciéndole a través del lujoso comedor y el muchacho le preguntó:

—¿Es aquí donde la señorita Fowler da la fiesta a beneficio de los perros?

—Sí, señor; es aquí. Esa es la mesa que le tenemos reservada.

—¿Vendrá muy pronto la señorita Fowler?

—Creo que todavía tardará un poco. Señor, la perla de su pechera parece que no está bien abrochada.

—Gracias—dijo Andrés, ajustando el famoso botón, cuyo valor ignoraba, como ignoraba muchas otras cosas.

El camarero le condujo hasta una mesita para dos, no muy lejos de la

que le había enseñado como reservada para Daphne.

—¿Desea el señor que le sirvamos ahora mismo? ¿Entremeses, tal vez?

Andrés recordó el consejo de Betsy:

—Sirvame la especialidad de la casa, haga el favor.

—Pues como entremeses, caviar Romanoff Tortoni.

—Traiga dos raciones.

Aparatosamente servido, le trajeron las dos raciones de caviar con las cuales podían haber comido seis personas. Andrés tenía hambre y aquello era bueno, aunque no lo había probado en su vida, y cuando el camarero le preguntó qué tomaría más, dijo:

—Continúe con la especialidad de la casa.

Los camareros trajeron un faisán fantásticamente aderezado.

—¿Lo trincho, señor?

—Sí, sí, adelante. Oiga, ¿no le parece que ya sería hora de que llegara la señorita Fowler?

—Todavía tardará un poco. Para postre, ¿qué desea el señor?

—Pues... otra especialidad. Estoy encantado con su servicio.

Al poco rato se presentó un camarero con una copa de helado cuya altura pasaba de veinte centímetros.

—Este helado es una de nuestras

especialidades que llamamos «Bombe à la Corsicaine».

—Ya comprendo, un helado con acento francés.

Andrés atacó el helado con entusiasmo. Era bonito de aspecto y sabrosísimo.

Una muchacha uniformada caprichosamente se paseaba por el salón con una bandeja en la que llevaba unos perritos de lana, especie de juguete imitando los «fox-terriers» de pelo duro.

—El señorito quiere un perro?

—No.

—La señorita Fowler pondrá su autógrafo a todos los perritos que se vendan.

—¿Ya está aquí esa señorita?

—Todavía no, pero no puede tardar.

—Deme un perrito.

La muchacha entregó uno de aquellos juguetes a Andrés, el cual no se preocupó de preguntar el precio.

—Señorito, son veinte dólares...

—¿Veinte dólares? ¡Veinte dólares! No, no, gracias; se lo puede quedar. Ahora me doy cuenta de que estos perritos están hechos con piel, y la piel es algo que no me gusta. Además, pagar veinte dólares por una cosa que no vale diez centavos... francamente, no estoy dis-

puesto a ello. Si cobran las cosas a estos precios...

La chica recogió el perrito y se dirigió a otra mesa. Andrés iba a continuar con el helado, pero el incidente del perro la hizo estremecerse y pensar que tal vez lo que acababa de comer podría costar mucho dinero. Dejó el helado, que apenas había empezado, y llamó al camarero.

—¿El señor desea algo más?

—¿Quisiera saber qué es lo que me va a costar esta comida?

—Entre treinta y cinco y cuarenta dólares, señor.

—¿Treinta... o cuarenta dólares?

—Sí, señor. ¿Desea algo más?

—Sí, quisiera ver al propietario.

El jefe de los camareros acompañó a Andrés al despacho del propietario y aquél explicó todo lo que había ocurrido:

—Me dijo que era el hijo del juez Harvey, y tratándose del hijo de un juez, yo no podía menos que tratarle con consideración.

—No recuerdo ningún juez del nombre de Harvey.

—Mi padre es el juez Harvey, de Carvel.

—¿Carvel? ¿Algún pueblo de mil habitantes?—dijo el propietario con cara de juez, a su vez.

—Usamos zapatos todos los días—dijo Andrés, un poco ofendido.

—¿Y frac todas las noches?—insistió el dueño del restaurante.

—No, señor; lo he alquilado.

—¿Usted dijo al «maître» que conocía a la señorita Fowler?

—No dije tal cosa. Me limité a preguntar si vendría. En realidad todavía no me ha sido presentada.

—Nada, un farsante...

—Lo más curioso es la forma en que ha hecho la minuta—dijo el camarero—: ni una sola mirada a los precios.

—Podía usted haber preguntado lo que costaba.

—Tiene usted razón — asintió Andrés, cabizbajo.

—Pero se ve que le interesaba presentarse en grande.

—Tal vez era así—dijo Andrés.

—Bueno, lo interesante es saber cómo vamos a cobrar los treinta y siete dólares con veinticinco centavos.

—Tengo ocho dólares. Si le parece, podría pagar el resto fregando platos, o le mandaría un dólar semanal, el que me da mi padre; pero, por favor, no me haga detener.

Poco le faltaba a Andrés para echarse a llorar, y el propietario del Sirocco comprendió que se trataba de una chiquillada, pero tampoco

quería perder el importe de la fastuosa y opípara cena.

—Ya comprendo, no quiere dar un disgusto a su padre que le haga salir canas.

—¿Ya tiene muchas!

—No es la primera vez que nos ocurre esto y siempre con muchachos de provincias. Usted debe ser el mandón en su pueblo y tiene delirio de grandezas. ¿No comprende que le están grandes esos pantalones? En realidad, no se le debe mandar a la cárcel, bastarían unos cuantos azotes. «Maître», llame un taxi. Procure que este joven dé su dirección de verdad y mándelo a su casa.

Al día siguiente, cuando la vida empezó en el piso neoyorquino de los Harvey, ante la puerta de la habitación de Andrés, apuntado con un alfiler, había un letrero que decía:

NO ME MOLESTEN BAJO
NINGUN PRETEXTO
Andrés Harvey

No dejó de llamar la atención de la familia aquel extraño aviso, pero se creyó que habría regresado tarde y que tal vez la comida o la bebida habrían sido excesivas.

A media mañana llegó Betsy con un envoltorio. La recibió el juez.

—Buenos días. ¿Podría ver a Andrés?

—Debió llegar muy tarde, porque todavía está durmiendo.

—¡Caramba! ¡Vaya una juerga! En su fuero interno, Betsy admiraba a aquel calaverón de su amigo.

El juez se dirigió a la puerta de la habitación de su hijo, y llamó:

—¡Andrés, Andrés! Levántate, aquí está Betsy.

Al poco rato, Andrés abrió la puerta y sacaba la cabeza, una cabeza despeinada, los ojos hinchados y todo él desaliñado.

—Estás hecho una ruina—dijo Betsy.

—Ven—dijo Andrés.

La niña se dirigió a la habitación del muchacho sin abandonar su envoltorio.

—Andrés, explícame cómo lo pasaste.

La cara del joven era una tragedia.

—¿Qué te ha pasado?

—No puedo explicarlo a nadie, Betsy.

—Perdona. He traído el traje que dejaste en casa.

—Yo también tengo envuelto el frac. Lo habría devuelto más tarde. ¿Puedes devolverlo tú?

—Sí.

—Por el momento, no quiero ver a nadie de mi familia. Betsy, has sido muy buena conmigo, pero no

puedo hablar de lo que me ocurre con nadie, ni contigo.

—Está bien. Pero confío en que volveré a verte cuando te encuentres mejor.

—Sí, sí; yo iré a tu casa en cuanto el mundo recobre su estado normal, si es que esto puede ocurrir.

—Bueno, adiós. ¡Oh, Andrés, la perla de la camisa! ¿Está con todo esto?—preguntó Betsy, señalando el envoltorio en el que ahora llevaba el frac alquilado.

—No, no... Estaba un poquito floja y la he mandado arreglar antes de devolverla.

—Está bien, está bien; sólo es que papá tiene en gran estima aquella perla... le costó cuatrocientos dólares. Adiós, Andrés.

Betsy cerró la puerta tras ella y Andrés se desplomó en una butaca.

—¡Cuatrocientos dólares!

—Me marcho, señor Harvey—dijo Betsy al encontrar de nuevo al juez en la salita—. No se preocupe por la actitud misteriosa de Andrés, ya le pasará.

—No es Andrés precisamente quien me preocupa; pero tal vez sí que es eso, muchacha.

—Adiós, señor Harvey.

El correo ha traído varias cartas y entre ellas una para Andrés. El juez aprovecha esta oportunidad

para entrar en la habitación del muchacho.

—Tienes correo; una carta de Polita Benedict y F. Bacon Anderson, éste último debe ser Beezy.

Andrés cogió la carta, la abrió, leyendo la siguiente misiva, lo que hizo en voz baja y procurando que su padre no se enterara de nada:

«Querido Andrés: Tenemos el gusto de mandarte facsimil de la portada que pensemos publicar en la revista del colegio, a no ser que tú nos mandes una buena fotografía en la que aparezcas con la «simpática» Daphne.—Polita y Beezy.»

Andrés sacó un papel que había quedado dentro del sobre, que no era más que un recorte de una fotografía de Daphne Fowler, y otro recorte de Andrés Harvey, formando una curiosa portada.

Al pie de esa falsa portada se leía lo siguiente:

«El acontecimiento más interesante de este mes.»

La cara de Andrés era una tragedia.

—¿Has recibido malas noticias?—preguntó el juez, un poco preocupado.

—No, papá; no es nada.

—Oye, Andrés, tengo mis preocupaciones, no creas; pero quisiera ayudarte.

—Papá, es imposible, no puedes

hacer nada por mí. No es culpa tuya, como tampoco lo es mía el haber nacido pobres... Papá, ¿por qué no nacimos ricos, con árbol de familia y todas esas cosas?

—Ya tienes árbol de familia. Tienes padres y abuelos...

—Pero ¿por qué no tenemos posición social? ¿Por qué no somos alguien? Aquí, en Nueva York, me he dado cuenta de que no somos nadie.

—¿Quieres hacer el favor de ponerte el sombrero y salir conmigo a la calle?

Fueron andando hasta llegar al «Salón de la Fama», en la Universidad de Nueva York.

—Lee, Andrés: «Dedicado como humilde tributo a hombres poderosos».

Padre e hijo penetraron en el «Salón de la Fama», donde se veían esculturas de varios hombres famosos.

—Te he traído aquí, Andrés, para que te des cuenta de que muchos que no eran «nadie», a fuerza de estudio, interés y voluntad llegaron a ser «alguien». Nunca creí que mi hijo despreciara la tierra que le ha visto nacer. La tierra cuya conquista ha costado sangre y lágrimas...

Andrés escuchaba pacientemente a su padre, pero en su imaginación sólo cabía el asunto de la cena de la noche anterior y la visita de Bet-

sy, que lo había dado a conocer que aquella dichosa perla valía cuatrocientos dólares.

—Mira, el busto de Alexander Hamilton, el de Patrick Henry, Andrew Jackson... Estos señores te legaron un patrimonio que tú debes conservar y engrandecer.

—Papá, ¿crees que todo esto tiene algo que ver con mis asuntos?

—Mira, allí está Lincoln. Este sí que tuvo preocupaciones...

—Sí; pero cien años atrás las preocupaciones eran de otra clase. Pero tú no me entiendes ni me comprenderás jamás.

—¿Has llegado ya a aquella edad en que crees que tus padres no comprenden nada?

—¿Qué importa la edad? En Carvel soy un rey entre los demás niños; aquí no soy más que un hombre con delirios de grandeza, y tú no eres más que un juez de pueblo, a quien nadie conoce.

—¡Y tú eres un majadero! Vámonos a casa.

La actitud de Andrés era para preocupar un poco y no había manera de sacarle una sola palabra. Tía María se lo llevó a su cuarto para tomarle la lección y ver si le distraía un poco.

—Aquí dice que el cuerpo humano reducido a sus elementos quími-

cos, viene a costar unos noventa centavos.

—El mío todavía se venderá más barato.

—Nombra cinco de esos elementos.

—Calcium, sodium, fósforo, hierro y... miseria, supongo.

—Andrés, ¿has reñido con tu padre?

—Me parece que sí.

—Me lo temía, por esto he creído que era mejor que diéramos lección, en lugar de visitar la Estatua de la Libertad.

—Cualquier cosa es mejor que alternar con el mundo cuando un hombre se encuentra en mi situación.

Los padres de Andrés, con Martita, habían salido a visitar los monumentos más interesantes de Nueva York y una de las visitas obligadas consistía en ver de cerca la famosa Estatua de la Libertad, que con su enorme faro alumbra el puerto. A pesar de que el juez quería adoptar un aire indiferente y hasta jovial, su esposa comprendía que estaba un poco preocupado.

—Jaime, ¿todavía te duele la cabeza?—le preguntó durante la corta travesía del puerto.

—No, no.

—Pues te preocupa el asunto del Orfanato.

—Esos abogados de ciudad me han vencido. Todo por culpa de las vacilaciones de Wyatt, temeroso de que las acciones americanas no recuperarian su valor. Tan seguro como estaba yo de que venía aquí a enseñarles dos o tres cosas. Sospecho que Nueva York es demasiado grande para mí.

—No digas esto, Jaime—insistió la esposa, con aquella dulzura tan característica en ella.

Martita apareció a cubierta.

—Si venís al otro lado veréis la estatua mucho mejor—dijo.

El juez y su esposa se levantaron del banco donde estaban sentados y se decidieron a seguir el consejo de Martita.

—No me interesa mucho una ciudad donde no saben apreciar el talento y bondad de mi esposo.

Salieron a la otra cubierta de la pequeña embarcación que les conducía, desde donde se veía claramente la célebre estatua.

—Los americanos todos debemos estar reconocidos ante la significación de este símbolo.

La señora Harvey no paraba mucha atención a lo que decía el juez porque ella estaba debatiendo el caso del Orfanato en su imaginación.

—Oye, Jaime, ¿verdad que si nuestra casa algún día fuese pasto

de las llamas y tú perecieras en ella, a pesar de estar situada en un pueblo, los diarios de Nueva York darían cuenta de ello?

—Mamá—dijo el marido—, ¿es posible que esta estatus no te haga pensar en nada más que en tu casa y la cocina?

—Te equivocas, me sugiere muchas cosas más. Me hace pensar en que representa que los grandes no pueden atropellar a los pequeños, que no pueden conspirar para despojar a uno de sus privilegios...

—Muy bien, mamá, muy bien... Despojar a uno de sus privilegios... Tienes razón, no deben hacerlo. Mamá, me parece que esta frase tuya ha salvado el Orfanato. ¿Cómo no se me había ocurrido antes. ¡Que gran idea! Ahora, en cuanto regresemos, tomaré el primer avión que

salga para Carvel. Oye, Martita, encarga a Andrés que el lunes, a las nueve y media, se presente al juzgado con toda mi documentación. ¿Cuidarás que lo haga así, mamá?

—Sí, Jaime. Pero ¿es indispensable este viaje?

—Lo es. He de buscar recursos para reducir a nada los argumentos de Underwood y sus socios. No puedo consentir que se cierre el Orfanato de Carvel. Es una de las mejores instituciones que existen dentro de su clase. Piensa que allí están recogidos una cantidad de huérfanos que no sé dónde irían a parar. La mayor parte de ellos han nacido en el pueblo y hemos de considerarlos como hijos propios.

—Tienes razón, Jaime. Siempre miras las cosas desde el punto de vista más justo y más honrado.

LA NUEVA VISTA DEL CASO DEL ORFANATO

L A sala ya estaba reunida y tal como había ordenado su padre, se presentó Andrés con todo el legajo del asunto del Orfanato.

—Señor presidente, soy el hijo del juez Harvey, quien debe llegar de un momento a otro. Tuvo que regresar a Carvel para reunir más datos y no puede tardar mucho en comparecer.

—Se le conceden unos minutos más—contestó el presidente—, y mientras tanto atenderemos otro asunto.

No fué necesario, porque en aquel instante apareció el juez Harvey precipitadamente. Se acercó a la presidencia, y dijo:

—Pido excusas a la presidencia y a la sala por mi tardanza, y con la

venia del señor presidente expondré un punto esencial de la ley. En todo contrato entre dos partes para beneficiar a una tercera parte se necesita, para anular dicho contrato, el consentimiento por escrito de la citada tercera parte. En este caso, la tercera parte es el Orfanato de Carvel, institución hogar para huérfanos de Carvel hasta la edad de dieciocho años. En consecuencia, desearía hacer una enmienda en mi demanda para nombrar un nuevo demandante.

—¿Se pueda saber quién es el nuevo demandante?—preguntó el abogado Underwood.

—Un momento, señores—dijo el juez, y salió de la sala.

Regresó al instante llevando en brazos al pequeño Francis, o Paco,

después de las lecciones de Andrés sobre hombría.

—Señor presidente, éste es el nuevo demandante. Uno de los huérfanos recogidos en el Orfanato de Carvel, un niño de pocos años... ¿Puedo interrogar al nuevo demandante, señor presidente?

—Sí, señor juez.

—Francis, ¿firmaste tú la enmienda relativa al Orfanato con los herederos de Cyrus Carvel?

—No, excelencia—dijo el pequeño, no acordándose de hablar recio como le había aconsejado Andrés.

Toda la sala estaba pendiente de la declaración de aquel chiquillo y el presidente no pudo contener una sonrisa al verle allí tan serio e impuesto de su papel.

—Señor presidente—dijo el juez Harvey—, en nombre de los huérfanos de Carvel, en representación de los cuales he traído al pequeño Francis, suplico ordene usted al señor Underwood, representante de los herederos de Cyrus Carvel, que continúen sosteniendo el Orfanato, sea con los valores designados para ello o con otros que posean procedentes de la cuantiosa fortuna legada por aquel gran patricio.

—Señor presidente—dijo Underwood ante las razones del juez Harvey y ante la presencia del huérfano que representaba a todos sus

compañeros faltos de padres—, no puedo oponerme a la petición del juez Harvey, ya que dudo que llevado el litigio adelante, encontrase ningún jurado de hombres de buenos sentimientos que aprobaran la suspensión de fondos al Orfanato. En consecuencia, pido al señor presidente que conceda un nuevo aplazamiento a esta causa, para hallar la manera de lograr un arreglo satisfactorio a ambas partes.

—Se concede el aplazamiento.

—Francis, ¿estás de acuerdo con esto?—preguntó Underwood.

—Eres un tío cantando las verdades...—repuso Francis, animándose ante la importancia que le daban.

Toda la sala se echó a reír al oír la contestación del pequeño, y más que nadie Andrés, que sabía de dónde había sacado el chiquillo aquellas palabritas.

—Desearía hacer unas manifestaciones—dijo el presidente—, y son las siguientes: Opino que también el juez Harvey es «un tío cantando las verdades», pues no hay nadie en el mundo que tenga corazón para dejar sin casa a unos pobres huérfanos. Admirable, señor Harvey.

—¡Muchas gracias, señor presidente!

Se retiró el público, y Underwood,

el juez y Francis salieron juntos del juzgado. Underwood fué el primero en hablar.

—Quisiera invitarle a almorzar conmigo—dijo—en mi club.

—No me interesa eso a mí—dijo Francis.

—¿Pues qué es lo que te interesa, hijito?

—Llámame Paco y llévame otra vez en aquel salón donde estaba aquel señor con la bata negra y el mortillo.

El juez y Underwood se echaron a reír.

—¿Qué le parece Harvey si me llevara este chiquillo a casa para que haga compañía a mi mujer? Nosotros no tenemos hijos, y a propósito de hijos, ¿qué se ha hecho del suyo, Harvey?

—No lo sé, le he olvidado por completo. Debe haber marchado a casa.

—Así yo me llevé al chiquillo y por la tarde se lo devolveré. Nos encontraremos en el club al mediodía, Central Park, número diez, y así tendremos ocasión de hablar. Adiós, Harvey.

Underwood cogió al pequeño en brazos y se encaminó a su auto. Francis, dirigiéndose al juez, dijo:

—¡Adiós, tú!

—¡Adiós, Paco! — contestó el juez, muerto de risa.

Con paso rápido, el juez se dirigió a la entrada de un ferrocarril subterráneo, donde encontró a Andrés que le estaba aguardando.

—Papá, estoy orgulloso de ti. Has dado una buena lección a ese Underwood. Es uno de los abogados más celebres de Nueva York. He oído decir que minuta más de un millón anual.

—Pues ya te habrás dado cuenta de que con millones o sin millones se me ha tratado con la misma consideración, y además he ganado el asunto. La posición poco importa cuando se tiene razón y se sabe defenderla.

—Lo que intentaban Underwood y sus representantes era un vil atropello. ¿verdad, papá?

—Ni más ni menos, pero he sabido salirles al paso y toda la sala estaba a mi favor. Lo sentía a medida que iba hablando. El presidente el primero.

—Por esto Underwood ha cedido en seguida.

—No ha querido ampliar más su derrota y ha optado por hacerse amigo. Se ha llevado a Francis a su casa y comeremos juntos este mediodía.

—Papá, seguramente no me perdonarás las impertinencias que te dije el otro día. No merezco que me perdones.

—Realmente, no sé si mereces ser hijo mío.

—No sé qué me ocurrió aquel día. Puse fe en el general Grant y me dió una puñalada trapera. Esto significa que hay ciertos principios que no se deben sacrificar al amor.

El juez escuchaba las razones de su hijo con semblante severo pero divertido interiormente.

—¿Amor? ¿Otra vez, Andrés?

—Ya comprendo que te parecerá muy poco lógico emprender una aventura amorosa que termina con la pérdida de un botón, una perla que vale cuatrocientos dólares.

—¿Andrés! ¿Esto era la causa de tu extraño comportamiento?

El muchacho había aprovechado el éxito de su padre en el juzgado, sabiendo que estaría de buen humor, para contarle sus penas y ver si le sacaba del apuro.

—Sí, papá; ya te anuncié que mi viaje a Nueva York iba a ser fatal.

—Está bien. Durante este trayecto en el subterráneo, hablaremos de hombre a hombre. Explicámelo todo, pero te suplico que empieces por el principio.

—Sí, papá, te lo contaré todo. El principio fué cuando las revistas y los diarios empezaron a publicar fotografías de las muchachas que presentan en sociedad.

—No está mal para empezar.

Andrés hizo su confesión y el juez no le dijo cómo solventaría el asunto del gemelo, como tampoco lo de la deuda del Sirocco, por lo que el chico, aun cuando descargó su conciencia, quedó sin absolución.

Al poco rato de haber llegado a casa apareció Betsy, tan simpática y bonita como siempre; pero el muchacho ni la veía.

—¡Hola, Andrés!

—¡Hola, Betsy!

—¿Estás disgustado conmigo? No me has telefonado en todo el día.

—Estoy enfadado con todo el mundo. Tengo más pesares que Job. No me extrañaría que incluso me salieran granos en la nariz.

—Tal vez te preocupas por cosas que no tienen importancia. Si es la pérdida de la perla la causa de tu dolor, no le diré a papá que te la deje.

Andrés abrió la boca, pasmado.

—¿Cómo sabes que la he perdido?

Por la forma en que te has comportado. ¿Verdad que ahora ya te encuentras mejor?

—Todavía tengo otros pesares. No puedo volver a Carvel. Sería el hazmerreir del pueblo.

—¿No puedes decirme de lo que se trata? No me sentiré ofendido

—dijo Betsy, creyendo que se trataba de alguna otra muchacha.

—Es muy difícil.

—A veces la intuición de la mujer vale más que todo el talento del hombre.

—Te seré franco. Estoy enamorado de una muchacha de Nueva York...

—Mala cosa.

—No es esto lo peor. La dificultad está en que yo dije a mis amigos en Carvel que ella estaba muy enamorada de mí.

—¿Y no lo está?

—La he visto, pero no me ha sido presentada. Lo peor ha sido la traición. Mi padre me obligó a venir a Nueva York.

—No te entiendo.

—Pues nada, que si no consigo retratarme con ella para demostrar que es mi novia, es mejor que desaparezca de este mundo, ya no tengo nada que hacer en él.

—¿Es muy bonita? — preguntó Betsy, que también iba a lo suyo.

—Sí, sí; creo que sí. Pero no es esto lo que me preocupa ahora. Lo interesante es rehabilitarme ante mis amigos de Carvel y una fotografía con ella es la única solución.

—Pero ¿no estás enamorado de ella?

—No. Después de todo lo ocurri-

do, me parece que ya no estoy enamorado.

—Es raro. No la amarías mucho, seguramente.

—Sólo me preocupa obtener su foto y ésta conmigo; si no es así más vale que haga frente a la muerte.

—Sí, pero si logras que alguien te presente a ella, volverás a adorarla.

—No lo creas, después de lo que me ha hecho sufrir.

—Bueno, ¿cómo se llama?

—¡Daphne Fowler!

—¿Daphne Fowler?

—Sí, la chica de moda, la recién presentada en sociedad. Ella, ni más ni menos.

—¡Admirable!

Betsy se dirigió al teléfono.

—¿Estás loca, Betsy?

—¿Por qué serán tan tontos los hombres? ¿Por qué no me lo dijiste el primer día? ¡Calla! Oiga, oiga. Esteban, ¿está en casa la señorita Daphne?

—¿La conoces? ¡No es posible!

—Daphne, Daphne, habla, Betsy. ¿Cómo estás? Oye, ¿podría traer un invitado a tu fiesta? Es un viejo amigo de casa, muy simpático. Gracias, muy bien. Oye, ¿llevarás aquel traje del corpiño negro? Más tarde pasaré por tu casa y te contaré más cosas de mi amigo. Adiós, Daphne.

Andrés se echó en el sofá, medio desmayado.

—¡Oh! ¡Oh! «De la boca de los infantes saldrán palabras...», dice el texto sagrado. ¡Oh, Betsy, me has hecho feliz!

—Te advierto que, sin pintar, Daphne es más fea que yo. Y cuando no va elegante, si sale en excursiones botánicas...

—¿Daphne Fowler estudia botánica? ¡Imposible!

—No disfruta con ello porque dice que las flores le dan fiebre. Muy a menudo tiene fiebre, y, además, es anémica. Va vestida de lana por dentro, ¿sabes?, unas camisetas con manga larga...

—¿Camisetas con manga larga? No sé si me gusta mucho todo esto.

—No es para ilusionar a nadie.

Betsy se disponía a marcharse cuando llamaron a la puerta. Apareció un hombre joven con aspecto de detective.

—¿La señorita Betsy Booth? En su casa me dijeron que la encontraría aquí.

—Soy yo—dijo Betsy, un poco alarmada ante la pregunta de aquel desconocido.

—Ha llamado su mayordomo informando a la compañía de seguros, a la cual pertenezco, que se había perdido la perla de la botonadura de su señor padre.

—Lo presté a un amigo... que está en Chicago. Tendré que telegrafiarle que me lo devuelva.

—Pues tenga la bondad de avisarnos en cuanto se lo devuelva, así no tendremos necesidad de informar a la policía. Buenas tardes, señorita.

—¿Ha dicho la policía? ¡Oh, Betsy, estoy perdido!

—No te pongas de esta manera. Ya hallaré una solución. Papá no se va a arruinar por perder una perla de cuatrocientos dólares.

—Pero te va a rogar, y todo por culpa mía. ¡Qué bien hablé aquella tarde cuando dije que no quería venir a Nueva York! Pero mi padre se empeñó en hacerme venir, toda la familia insistió, y aquí me tienes, sumido en la ruina y el deshonor. ¡Betsy, esto es el fin del mundo!

—Andrés, los grandes hombres se conocen en momentos como éste.

—Pero ¿es que tú crees que soy un gran hombre? ¡Soy una piltrafa humana! ¡Carvell! ¡Carvell!, ¿por qué sali de allí?

La angustia del desdichado Andrés era enorme, e incluso la pobre Betsy, con toda su buena voluntad, no sabía cómo sacarle del apuro.

Mientras los dos chiquillos estaban lamentándose y tratando de buscar solución a sus cuitas, el juez, que por Andrés mismo se había en-

terado de lo que debía en el club Sirocco, se dirigió allí y preguntó por el propietario. El señor Harvey se dio a conocer como padre del muchacho que dos días antes se había encontrado con un conflicto. El propietario le contó todo lo ocurrido, y terminó diciendo:

—Como puede usted suponer, no podíamos aceptar la proposición de fregar platos ni el dólar semanal que nos ofreció.

—Muchas gracias, señor, pero yo deseo pagar lo que dejó a deber mi hijo.

—En realidad no tiene mucha importancia.

—Insisto en que usted cobre, y yo a mi vez le descontaré algo cada semana de lo que le doy y así tendrá motivo de acordarse de su calaverada durante bastante tiempo.

El juez abrió la cartera y dejó encima la mesa varios billetes, de los que cobró el propietario, devolviendo un cambio.

—¿Me permita que le invite a champaña?

—No, muchas gracias—dijo el juez—. Deseo hablarle de otro asunto. En su desdichada aventura, mi hijo perdió un gemelo, una perla buena. ¿No la encontraron sus empleados?

El propietario del Sirocco abrió el cajón de la mesa y sacó la famosa perla.

—¿Es ésta? Se encontró junto a la mesa que él había ocupado y el camarero recordó haberle indicado que la llevaba mal abrochada.

—Muchas gracias. Poco a poco voy enderezando todos los entuertos de mi hijo.

ILUSIONES REALIZADAS

EL sol neoyorquino empezaba a brillar en el corazón de Andrés. Se había encontrado la perla; la deuda estaba pagada, y tenía que asistir al baile en honor de Daphne y sería presentado a ella. ¡Oh, felicidad!

Dos días antes de la fiesta recibió una invitación que le volvió loco de alegría. Decía así:

«Desmond Mc K. Fowler y señora invitan a don Andrés Harvey a la comida y baile que tendrá lugar el lunes, 13 de noviembre, en el hotel Envoy, en honor de su hija Daphne.»

A pesar de que le causaba gran satisfacción asistir a esta fiesta, eran tantos y tantos los ratos de amargura que había pasado Andrés en Nueva York, que en realidad no

sentía ya por Daphne la ilusión del día en que fué a entregarle su famosa carta. De todas maneras, la idea de que podría dar en la cabeza a Polita y Beezy con una fotografía, puesto que lo de la foto corría a cargo de Betsy, no dejaba de darle cierta satisfacción.

Fué a la fiesta como acompañante de Betsy y ambos vestían sus mejores galas.

El salón de recepciones del hotel Envoy era un marco adecuado para fiestas mundanas de la categoría de la que los padres de Daphne ofrecían en honor de su hija, en la actualidad una de las más solicitadas de Nueva York y a dicho baile asistía lo más selecto de la buena sociedad neoyorquina.

—Mira, Andrés, allí está Daphne. ¿Estás temblando?

—No. Te aseguro que ahora ya poco me importa esa muchacha. Estoy harto de las chicas de moda. Prefiero las muchachas montadas a la antigua que saben respetar al hombre.

—Ven, Andrés, vamos a saludar a Daphne.

Los dos se acercaron donde estaba la bonita «debutante» y Betsy la abrazó cariñosamente.

—Daphne, estás monísima con este vestido.

—Me estoy helando.

—Mira, quiero presentarte a Andrés Harvey, noble de nacimiento.

A pesar de sus declaraciones, Andrés temblaba cuando dijo:

—Señorita Fowler, estoy encantado de conocerla.

—Ya sé que usted estuvo en el festival a favor de los perros. Mamá, ¿te acuerdas del señor Harvey?

—Ya lo creo—dijo la señora, sonriendo, y sin duda recordando la famosa escena de la carta—. Me satisface que haya podido venir usted a nuestra fiesta. Debió de haberme dicho el otro día que era tan buen amigo de Betsy.

—¿Qué sabía yo, pobre de mí! —exclamó Andrés.

—¿Vienes, Andrés?—dijo Betsy. La señora Fowler se despidió has-

ta después y Andrés iba a reunirse con Betsy, pero Daphne le llamó aparte.

—Betsy me ha dicho que es usted el tenorio de Carvel. Guárdeme el sexto baile. Entonces ya estará aquí el fotógrafo y nos podrá retratar. Ya ve usted que Betsy lo ha arreglado todo.

—Y usted es muy amable—repuso Andrés, que no sabía si se hallaba en el cielo o en la tierra.

Poco rato después, Daphne ya estaba bailando con Andrés.

—Allí está el fotógrafo — dijo Daphne—. Lo hace muy bien, nunca lo saca mal. Ya verá usted cómo aniquilamos a los incrédulos de Carvel.

—¡Daphne, es usted encantadora!

—Betsy es encantadora.

—Sí, sí, no cabe la menor duda; sin ella Nueva York hubiese sido mi tumba.

—Betsy, Betsy—dijo Daphne llamándola—, ven que te retratarás con nosotros.

Los tres amigos posaron ante el fotógrafo y se impresionó la fotografía que debía caer en Carvel como una bomba.

Después de esto las dos chicas quedaron juntas.

—Betsy, yo creo que Andrés está enamorado de ti. Lo que ocurre es

que no se da cuenta. Un poquitín más tarde te pediré que cantes una canción y a ver si él se da cuenta de que le quieres.

—Sé una muy bonita, que si el chico no es de cemento, ha de conmovérle.

Tal como había prometido Daphne, después de algunos bailes, pidió a Betsy que cantara y ésta, con su habitual gracia y bonita voz, cantó para Andrés, aunque toda la concurrencia la escuchó con gran atención.

Mientras Betsy cantaba, Andrés tenía a Daphne a su lado e iba siguiéndola muy atento la canción. De vez en cuando miraba a Daphne y sonreía satisfecho. Después de una canción, cantó otra y todas iban di-

rigidas al feliz muchacho, que seguía junto a Daphne, satisfecho como nunca lo había estado en su vida.

Ahora ya podía regresar a Carvel. El mundo le sonreía de nuevo.

La fiesta fué un derroche de elegancia y alegría. Andrés anotaba en su imaginación todos los detalles para poderlos echar en cara a Polita a la primera ocasión. Era ya un poco tarde y Andrés, que ya se había despedido de Daphne, dijo a Betsy:

—Ya podemos marchar, ¿verdad?

—Sí, tienes razón. Voy a enseñarte algo que rara vez se ve en Nueva York.

—¿De qué se trata?

—¡Un caballo!

EL AMOR DE BETSY

S ALIERON a la calle y al poco rato encontraron un coche tirado por un caballo.

—¿Está libre? — preguntó Betsy.

—Sí, señorita—respondió el cochero.

Los dos jóvenes subieron al coche indicando al cochero que les llevara a dar una vuelta.

—¿Es verdad que os vais mañana, Andrés?

—Sí; ya tenemos los billetes. ¿No es un poco tarde para estar así por las calles? No sé si a tu madre le gustaría esto.

—Me gusta que me hables así, Andrés.

—Estoy pensando que ahora me gustaría quedarme en Nueva York.

—No te preocupes, puedes escribirme y yo me haré la ilusión de que me mandas gardenias.

—No es necesario que te hagas ilusiones, te mandaré gardenias de verdad. Ya soy mayor ahora. Pero no podré mandártelas en seguida, porque estoy amortizando la deuda del Sirocco. ¿Sabes?, papá lo pagó, pero yo he de restituirle. ¿Tienes frío?

—No; el tiempo es primaveral.

—Betsy, has cambiado mucho desde que estuviste en Carvel.

Betsy miraba a Andrés ansiosamente.

—Ya eres mayor, eres más, más... No sé cómo decirlo... Te has portado tan bien conmigo, Betsy, no lo olvidaré jamás.

—Creo que soy la misma que conociste en Carvel, lo que ocurre es que entonces no te fijaste en mí, ni me necesitabas como me has necesitado aquí.

—Sí; tal vez es verdad. Me he encontrado con tantos tropiezos, que sin ti no sé cómo hubiera salido del paso.

—Me siento feliz de haberte podido servir para alivio de tus penas.

—Estas no han terminado, Betsy, y me seguirán hasta la tumba.

—No vuelvas a hablar así. Tu padre lo ha resuelto todo, has conocido a Daphne. ¿Qué más querías?

—En cuanto a Daphne, ya no me importa nada. Conseguí la fotografía para achicar a los de Carvel, ella ya no me interesa.

—Ya te lo dije yo, que vista de cerca, tendrías una desilusión, no porque no valga, la chica es bonita...

—Tú lo eres más, Betsy, y nadie te retrata como a ella, ni haces las tonterías que ella hace con las sociedades amigas de los perros y sacándole el dinero a uno.

—Tú no has olvidado aquella cena...

—Cualquiera la olvida. ¿No sabes que estoy amortizando la deuda a razón de un dólar semanal?

—Sí, ya me lo has contado. Tu padre es inflexible.

—Este dólar me amargará la existencia en Carvel, porque aunque las cosas no se pagan como aquí, también hay modo de gastar.

El coche iba recorriendo silenciosamente el parque y los dos jóvenes hablando, si bien sus imaginaciones no andaban por el mismo camino. A Andrés le preocupaba el regreso a Carvel y a Betsy la tenía triste la próxima partida de los Harvey. Difícilmente iría ella al pueblo, y más difícil sería que ellos vinieran nuevamente a Nueva York. La niña quería hablar de esto, pero Andrés no andaba por un sendero romántico en aquellos momentos. Sus aventuras en la capital neoyorquina habían sido tantas y tan trágicas, según él, que deseaba partir cuanto antes y no le preocupaba mucho lo que allí dejaba. Daphne inclusive.

—¿Sabes, Andrés, que nunca he tenido novio?

La pregunta sorprendió al muchacho; pero como que hay que reconocer que, a pesar de ser muy jo-

ven, estaba acostumbrado a tratar con chiquillas de la edad de Betsy y precisamente en plan amoroso, como con Polita, por ejemplo, halló la contestación oportuna:

—No lo sabía, pero lo suponía y yo he pensado que tal vez...

El corazón de Betsy pareció que dejaba de latir.

—¿Qué?

—Que eso de tener novio es una cosa muy seria y que como eres muy niña, tal vez es mejor que no tengas ni hayas tenido novio.

—¡Oh!

—Sí, Betsy, es una cosa muy seria y muy importante, que no admites tonterías. Tú sabes que soy hombre de experiencia.

—Si Andrés, debes tener razón y me acordaré de todo lo que me has dicho. Pero ¿no quieres darme un beso de despedida?

—Sí, Betsy.

Andrés besó maquinalmente la mejilla de la chiquilla y entonces se dió cuenta de que lloraba.

—Betsy, ¿por qué lloras?

—Porque te vas.

—No debes llorar; Daphne no lloraría. Me gustas llorando, de todas maneras, a pesar de que tienes la nariz reluciente.

—¡Oh, Andrés!—suspiró la niña.

—Polita no resultaría bonita con la nariz encarnada. ¡Ah, señorita Benedict, espere que regrese a Carvel!

No había manera de llevar a Andrés por donde Betsy deseaba y ella dió la partida por perdida.

—Algún día volveremos por aquí, supongo—dijo Andrés—y entonces hablaremos de esas cuestiones de novios.

—¿Volverás?

—Naturalmente. Mi carrera me traerá por aquí otras veces, como le ha traído ahora a papá.

—¿Entonces volveremos a vernos?

—Sí, Betsy. Pero ¿no te parece que ahora es muy tarde para estar tomando la humedad en un parque de Nueva York.

—Si te parece nos podríamos retirar.

—Creo que ya es hora.

Betsy dió su dirección al cochero y unos minutos más tarde paraba ante la casa de los Booth.

—Adiós, Andrés. Mañana iré a despediros a la estación.

—Pues hasta mañana. Despido el coche, porque prefiero andar.

Pagó el gasto al cochero, dió muy poca propina y tiró avenida abajo, silbando suavemente, porque ya se

había dado cuenta de que Broadway no era la calle mayor de Carvel y pensando, satisfecho, en la rabieta de Polita y Beezy cuando les tirara por la cara su foto con Daphne.

La diminuta figura de Andrés por las calles de Nueva York era pintoresca. El se sentía tan alto como la

Estatua de la Libertad y se paseaba muy orondo en esta última noche, porque si bien le había costado ratos muy amargos, había conseguido lo que se había propuesto: conocer a Daphne Fowler; pero ahora ya no le interesaba. El amor había muerto al nacer la amistad.

CARVEL, DULCE CARVEL

LOS Harvey habían emprendido el viaje a Nueva York con inmensa alegría, pero la idea del regreso a su hogar era sin duda superior a la partida. La ilusión que producía a unos y a otros era extraordinaria.

Lo curioso del caso es que ninguno de ellos se atrevía a confesarlo y, es más, se engañaban mutuamente aparentando un sentimiento por abandonar la urbe neoyorquina que estaban muy lejos de sentir.

Tal vez el juez era el que menos fingía, ya que se sentía satisfecho de la victoria lograda sobre Underwood y del respeto que el Juzgado había demostrado hacia él.

Martita se hubiese resignado a

quedarse en Nueva York si su presencia allí hubiese contado con algo; pero había paseado por las calles de la capital sin que nadie se fijara en ella y ninguna revista ni crónica social de los diarios había dado cuenta de su llegada. No envidiaba la suerte de Daphne Fowler, si bien la admiraba y se daba cuenta de que para figurar en Nueva York era necesario disponer de una renta mensual de seis cifras, ya que sin mucho dinero no era posible brillar en aquel ambiente. Martita recordaba sus triunfos en el Club de Carvel, con sus vestidos de poco precio, arreglados en casa, muchas veces, con los cuales había conseguido a los galanes más apuestos de toda la comarca. Ella era allí una

reina, mientras que en la Quinta Avenida apenas se llamaba Pedro. De todas maneras estaba contenta del viaje porque esto le permitiría subir un peldaño más en la escala de la elegancia, contando a sus amigas lo que se llevaba, se hacía, se comía y se bailaba en Nueva York. A pocas fiestas había asistido, porque no había tenido la audacia de Andrés para introducirse en círculos exclusivos, pero también se había ahorrado las rabietas y complicaciones de aquél, de las cuales tardaría algún tiempo en verse libre.

Carvel, dulce Carvel, pensaban todos mientras arreglaban el equipaje y daban un último repaso a cajones, perchas y armarios que por breves días habían guardado las prendas de la familia Harvey.

—¡Qué pronto pasan los días! —dijo mamá Harvey, descansando un momento de doblar camisas cuidadosamente, para introducir las en una maleta que ya no podía contener más.

—Es verdad—repuso el juez—, dentro de pocas horas nos encontraremos en casa y pronto olvidaremos este viajecito.

—Vosotros, sí —dijo Andrés—. Yo no lo olvidaré tan fácilmente. Dejo aquí mi hacienda...

—...y tu corazón — contestó Martita.

—Te equivocas, Daphne Fowler ya no me importa un camino. Tengo la fotografía que me interesaba, para reivindicarme ante Beezy y Pollita, de lo contrario no podría regresar con vosotros.

—Eres un caso especialísimo—dijo el juez—. En Carvel tuve trabajo para llevarte al tren y ahora ya estás buscando pretextos para quedarte en Nueva York.

—¡Ay, papá, cómo te compadezco—dijo Andrés—al ver que no comprendes a tu hijo!

—¿Es verdad que no le comprendes, Jaime?—preguntó mamá Harvey con su habitual y simpática ingenuidad.

—Andrés quiere decir que le comprendo demasiado, ¿verdad, hijo mío?

—No, no, papá, no me comprendes; de lo contrario, no me cortarías la renta semanal en la forma que lo haces.

—Oye, Andrés, cuando un muchacho de tu edad se metió en frágidos de los cuales no sabe salir sin la ayuda de su padre, debe aceptar el fallo que éste dicte, que no admite apelación.

Andrés no replicó.

La familia Harvey regresó al día siguiente de la memorable fiesta ce-

lebrada en honor de Daphne Fowler. Cuando el juez abrió la puerta de su hogar la primera en hablar fué la tía María.

—Nueva York es hermoso—dijo— pero nuestra casa lo es mucho más.

—Yo me marcho en seguida—dijo Andrés—, porque tengo que destruir ciertos insectos que se llaman Polita y Beezy.

—Calmá, hijo, calma. De paso puedes llevarte a Francis al Orfanato.

El simpático huerfanito había disfrutado de las delicias de una corta estancia en Nueva York con los Harvey, después de haber prestado la interesante declaración y había dejado allí buenas amistades, entre ellas la de la señora Underwood, que se despidió muy triste del pequeño Paco.

—Soy demasiado mayor para ocuparme de chiquillos—dijo Andrés.

—Lo que te está grande son los pantalones, querido Andrés — dijo su padre—. Cógelo al pequeño y llévalo al Orfanato.

Andrés no replicó y tomando al pequeño en brazos, le dijo:

—¡Ah, hijo mío! Lo que tendrás que pasar antes no tengas mi edad.

Después de haber soltado esta sentencia con bastante retintín para

que llegara a oídos del juez, Andrés salió de la casa.

—¡Qué olor a café!

La señora Harvey se dirigió a la cocina y su marido la siguió. Sobre el fogón de gas y todavía ardiendo, aunque muy bajo, estaba la cafetera tal como la había dejado el día de la marcha.

—¡Y todavía me criticas porque me preocupo de estas cosas!—dijo la esposa—. Menos mal que te cuidaste de avisar que no trajeran la leche.

—Hablé personalmente con el lechero y le dije que estaríamos ausentes unos días.

Instintivamente la señora se dirigió a la puerta de la cocina que daba al jardín, donde el lechero acostumbraba a dejar la leche todas las mañanas. Abrió la puerta y vió, asombrada, una buena cantidad de botellas llenas.

—¡Jaime, tú no hablaste con el lechero!

El juez bajó la cabeza. Como George Washington, no podía mentir y se echó a reír.

—Emilia, en cuestiones de economía doméstica no puedo competir contigo.

Al día siguiente de la fiesta en casa de Daphne, Andrés había podido obtener del fotógrafo un ejemplar de la famosa fotografía con la

millonaria, y ahora lo que le interesaba era que apareciera en la portada de la revista escolar y a eso dirigió sus pasos en cuanto llegó.

La revista ya estaba a punto de ser impresa, pero él dió órdenes al impresor que cambiara la portada por la que él traía y al mismo tiempo escribió el epígrafe que debía figurar al pie de la foto. Al impresor ni se le ocurrió preguntar por la opinión de los otros dos editores, ya que Andrés era uno de los tejemanejes, y además acababa de regresar de Nueva York.

Al día siguiente fué a buscar a Francis al Orfanato para dar un peseto con la intención de ir más tarde a reunirse con Beezy y Polita, para saber qué impresión les había causado la revista, pues por entonces ya estaría en la calle.

El primero que se dió cuenta del cambio fué Beezy e inmediatamente telefonó a Polita.

—Oye, oye, Polita, ¿has visto la revista?

—No, no la he mirado todavía, pero la tengo encima la mesa. Espera un momento que voy a mirarla.

Polita rompió la taja que enrollaba la publicación y en la portada vió la fotografía de Daphne con su elegante traje de *soirées* y Andrés

vestido de etiqueta. Al pie de la foto se leía lo siguiente:

«El acontecimiento más interesante de este mes, llevado a cabo por un estudiante de Carvel.»

—¡Beezy, ya lo he visto! Pero ¿cómo ha podido ser esto? ¿Qué hemos de hacer? Voy a la escuela inmediatamente; te espero allí.

Un instante después los dos enemigos de Andrés se reunían en la redacción de la revista.

—¿Cómo ha tenido valor de cambiar la portada ese Andrés? Pero es evidente que conocía a esa muchacha. ¡Qué idiotas hemos sido!

—Cinta me lo advirtió. Andrés es un tenorio. No debía de haberme metido con ese hombre.

—Beezy, ¿sabes lo que estoy pensando?

—¿Qué?

—Que a lo mejor está secretamente casado con Daphne.

La figura de Andrés iba creciendo por momentos ante la imaginación de Polita y Beezy. Mientras así discurrían apareció Andrés con Francis en brazos. Los otros dos se volvieron hacia él y por un momento nadie habló.

—¡Andrés Harvey! ¿de quién es esa criatura?—exclamó Polita.

—Yo bien te conozco, presumida—dijo el huerfanito—. Eres la ni-

ña que recibió calabazas de geometría.

Era evidente que la amistad de Andrés contribuía mucho en mejorar el léxico y los modales del pequeño.

—Fuimos a Nueva York para asegurar el porvenir de criaturas inocentes como ésta—dijo Andrés.

La nube que había en la frente de Polita desapareció.

—¡Oh, es un chiquillo del Orfanato!

Mientras tanto, Beezy se entretenía en abrir los paquetes que contenían revistas dispuestas a ser repartidas.

—Todas son iguales—dijo Beezy.

—Naturalmente—contestó Andrés—. Vosotros dos escribisteis la crónica y yo os he facilitado la información gráfica. Una portada exclusiva. Y ahora, supongo que la juventud de Carvel sabrá respetar a los mayores.

—Andrés, me sabe muy mal todo lo ocurrido—dijo Beezy en tono humilde.

—No te preocupes. Te están grandes los pantalones, me hago cargo. Lleva a Paco al Orfanato.

—Sí, señor—dijo—; sí, Andrés. Ven, pequeño, entraremos un momento en casa de Cirita, que le gustan mucho los chiquillos.

—Eres un tío cantando las verdades.

Beezy cogió al pequeño de la mano y salieron de la redacción, dejando solos a Andrés y a Polita.

—¿Es verdad, pues, que Daphne Fowler está enamorada de ti?

—Ya has visto nuestra fotografía. La muchacha más solicitada de Nueva York intentando hacerme sonreír. Es una muchacha estupenda Daphne. ¿Cómo te diré yo?... Una especie de Cleopatra adolescente. Ahora que, esas muchachas modernas te hacen apreciar más a las chiquillas educadas a la antigua. Esas que lloran cuando se las besa.

—¿Te has prometido con Daphne?—preguntó, ansiosa, Polita.

—No, no; no es más que otra mujer que cruza mi camino. Tú eras muy sencilla antes, sin nada de afectación, creí que me respetabas.

—Te respeto, Andrés, te lo prometo. Y creo que también lloraría si me besaras.

—No es mala idea, pero tampoco me gustan los extremos. Es lo que estaba diciendo a Betsy la otra noche...

—¿Betsy?

—Sí; vamos, ya lo he dicho. Betsy, otra chica encantadora. No pueden resistir mi simpatía.

—¡Esto no es simpatía, es poligamia!—gritó Polita, fuera de sí.

Se calmó repentinamente, para exclamar:

—¡Sí, Andrés, eres muy simpático!

Entonces quien no pudo resistir fue el muchacho.

—Vamos, Polita, ven conmigo y te acompañaré a tu casa.

En el saloncito de los Harvey se ve al juez con un abrigo de señora que le sienta bastante bien.

—Es hermoso—dice mamá Harvey. Y como sin duda deseas que todos vayamos a pedir limosna, me lo quedaré. Pero siempre creí que era para María.

—Esta vez no fuiste tan lista co-

mo de costumbre. Toma, Emilia, aquí tienes tu abrigo y que lo puedas lucir muchos años.

—Dudo que exista otro marido tan bueno como tú.

Andrés llegó a casa y subió directamente a su habitación. Sobre la cómoda tenía tres fotografías. Una de Polita, otra de Betsy y la de Daphne con él.

De codos sobre el mueble, Andrés miraba a las tres muchachas, sonriendo feliz. De repente, varió de expresión y, frunciendo el ceño, exclamó:

—¡Cómo aumentan las mujeres en la vida de uno!

FIN

Los artistas más célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata	Charles Collins
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Apuesta de amor	Gene Raymond
Vuelta de Arsenio Lupin	Warren William
Héctor Fiermosca	Gino Cervi
El mundo a sus pies	Lily Pons
Saquitado en vida	A. Nazari
Defensores del crimen	Richard Dix
Aventura Pampadour	Kate de Nagl
Melodía rota	Willy Birgel
Titanes del mar	Victor McLaglen
Cupido sin memoria	Ann Sothern
Maria Ilona	Paula Wessely
Posada Jamaica	Charles Laughton
El caso Vero	Clive Brook
Quimera de Hollywood	Jean Fontaine
Los tres vagabundos	Heinz Rühman

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabá, Toomay de los elefantes	Sabá
Tú cambiarás de vida	M. Redgrave
Las dos niñas de París	C. Barchon
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
La última avanzada	Cary Grant
Vacaciones con Harvey	Mickey Rooney
Margarita Gautier	Greta Garbo y Robert Taylor
Mortal sugestión	Ann Harding
Una chica insoponible	Danielle Darrieux
Bajo manto de la noche	Edmund Lowe
Alarma en el espresso	M. Redgrave
Crimen de medianoche	Ramón Pereda
El signo de la Cruz	Jacques Toulou
El asesino invisible	Leslie Howard
Los dos pilotes	K. Hepburn
Pygmalion	Michael Redgrave
Maria Estuardo	Paul Lukas
Cuidado con lo q. hacés	Carlos Gardel
Por la dama y el honor	Elsa Landi
El día que me quieras	Walter Abel
El pequeño lord	Fred. Bartholome
Tarzan de las fieras	Buster Crabbe
Alberque nocturno	Greta Gynn
El misterio de Villa Rosa	Judy Kelly
Acusado	Dolores del Río
Farja de hombres	Mickey Rooney
La profiera millonaria	Gene Raymond
Los peligros de la gloria	James Cagney
La bella rebelde	Ann Sothern
Buscando fama	Don Ameche
Una mujer imposible	Jenny Juso
El hombre del Níger	Victor Francen
Estraños en luna de miel	Hugh Sinclair
Andrés Harvey Tenorio	Clark Gable
Fruto dorado	Mickey Rooney

BIOGRAFIAS DEL CINEMA 1'25 ptas

Imperio Argentino	Estrellita Castro	Alfredo Mayo	Manuel Luna
Miguel Ligero	Molwyn Douglas	Antonio Vica	James Stewart
			Charles Boyer

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última falla	Miguel Ligero
La reina mora	María Arias
Rinconcito madrileño	P. G. Valázquez
Maria de la O	Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero!	José Baviera
La canción de Aixa	I. Argentina
Éran tres hermanas	Luisita Gargallo
Bohemios	Emilia Aliaga
Don Floribondio	Valeriano Lebo
Los hijos de la noche	Miguel Ligero
Martingala	Niño Marcheny
Báptismo usted	Celia Gámez
Usted tiene ojos de mujer fatal	R. de Sentmenet
Tijera y cielo	Maruchi Fresno
¡ai-Alai!	Inés de Val
¿Quién me compra un flor?	Maruja Tomás
Alas de nax	Lois de Valois

SERIE ALFA

2'50 Ptas.

Carmen, la de Triana	I. Argentina
El sobre lacado	L. Gargallo
La Dolerosa	Rosita Díaz
La Millona	R. de Sentmenet
Suspiros de España	Miguel Ligero
Gloria del Moncazo (Los de Aragón	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Rumbo al Cairo	Miguel Ligero
El difunto es un vivo	Antonio Vica
Molinos de viento	Pedro Terol
La alegría de la huerta	Flora Santacruz
El barbero de Sevilla	Miguel Ligero
Sol de Valencia	Maruja Gómez
Melodía de ambal	I. Argentina
	C. Gardel
Misterio en la Marfuma	Tony D'Algy
Rosas de otoño	M. F. L. Guevara
La patria chica	Estrellita Castro
La chica del gato	Isolina Herrán
Un aneddo de familia	Mercodes Vecchi

SELECCIONES

BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligero
La Parrala	Maruja Tomás
La Petenra	Juan Montfort
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de Africa	Rafael Medina
Noche de engaño	Amadeo Nazari
Cautivo del deseo	Leslie Howard
Flor de esaiño	Gracia de Triana
Tú Bogará	Roberto Rey

Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

CANCIONERO

Precio: 50 cts.

MERCEDITAS LLOFRIU
LUIS MANDARINO (Tangos)
RODRI MUH (Jazz-Hot)
RAMIRO RUIZ «RAFFLES»
NISA DE LINARES
(IMPERIO ARGENTINA (Aika)
JUANITO VALDERRAMA
EL AMERICANO
ROSA DE ANDALUCIA
CARLOS GAHDEL
NISO LEON
IMPERIO ARGENTINA (Carmen)
ESTRELLITA CASTRO
JUANITO MONTOYA

LUIS MAHAVILLA «LA COPLA AN-
DALUZA»
CANCIONES DE JAZZ-HOT

RITMOS DEL JAZZ
IMPERIO ARGENTINA. CARLOS
GAHDEL
MELODIAS DE MODA
RAFAEL MEDINA
JAZZ y CANCIONES de MODA
MUSA CUBANA «MACHIN».

LUISITA ESTESO
JAZZ-HOT Orquesta Plantación
R. GASTON y su ORQUESTA de
JAZZ-HOT
SELECCION de EXITOS de JAZZ-
HOT
CONCHITA PIQUER

PEPE PINTO
ADOLFO ARACO. JAZZ-HOT
MERCIEDES VECINO. CINE-JAZZ
EXITOS DE LA RADIO
GALATEA Y LUCES DE VIENA
JULIO GALINDO. JAZZ-HOT
ORQUESTA ESPANA - JAZZ
GOZALBO-LLOHENS - MEJICANAS
FRANCISCO BOLUDA - JAZZ

CAMILIN
LOLA FLORES
CARLOS GAHDEL (Creaciones)
VIANOR
PEPE BALLESTEROS
MIRCO
NISO DE MARCHENA
RAMPER
NISO DE UTRERA
PICARIN ARCOS
NEÑA DE LOS PEÑES
CURRO CARMONA
GUERRITA

Precio: 75 cts.
EXITOS DEL CINE AMERICANO
MELODIAS MODERNAS DEL JAZZ
(Agotado)

Precio: 1 pta.
EXITOS DEL MOMENTO «JAZZ»
JAZZ-HOT Ramón Evaristo y su
Orquesta (Agotado)
JAZZ-HOT Luis Duque y su Orques-
ta (Agotado)
JAIME PLANAS y sus discos vi-
vientes.

Precio: 1'25 ptas.
TRUDI BORA JAZZ-HOT
LUIS ARAQUE JAZZ-HOT
PASTORA IMPERIO
ANDRES MOLTO. JAZZ-HOT
CANALEJAS
TEJADA Y SU ORQUESTA. JAZZ

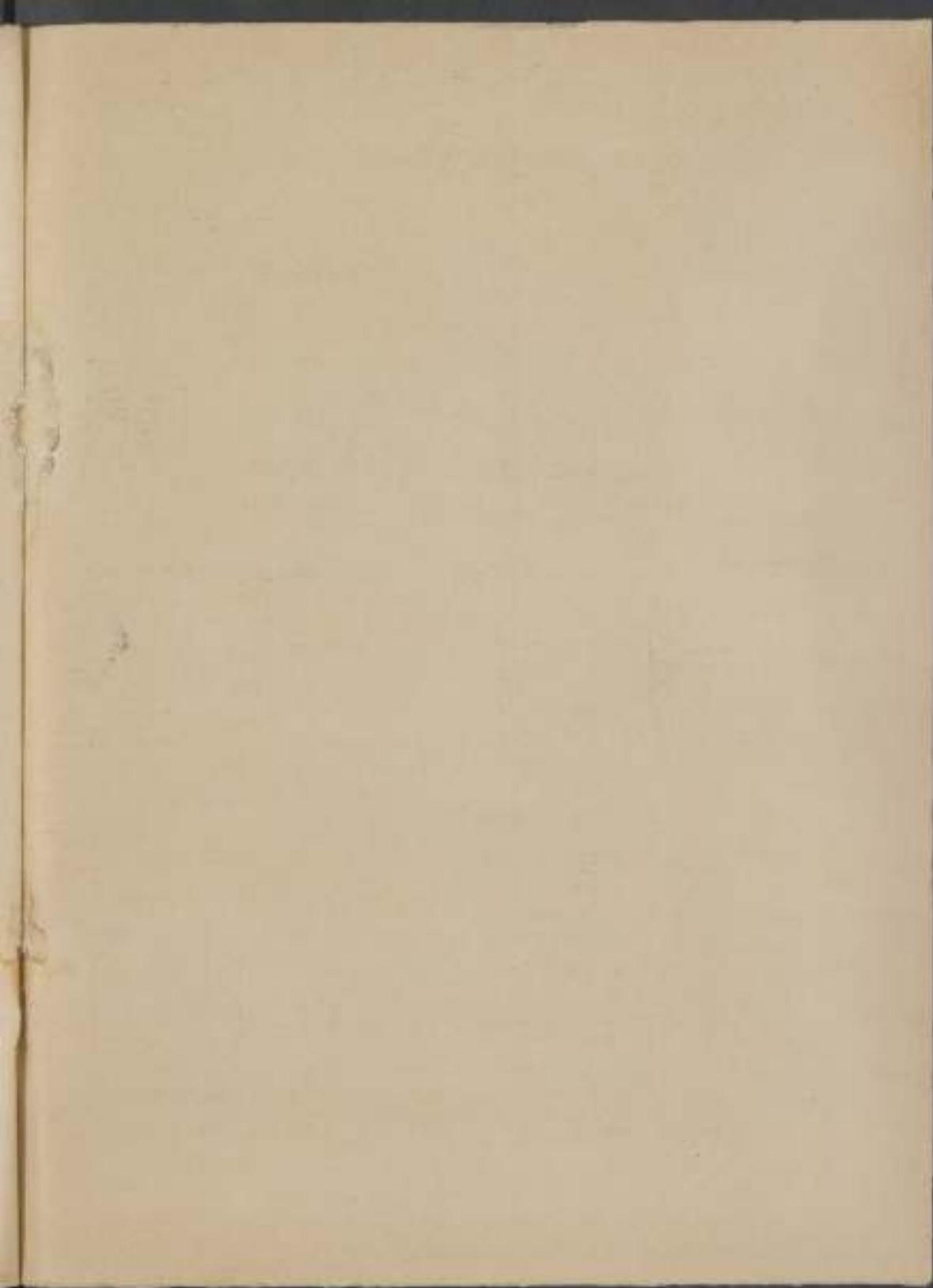
Precio: 1'50 ptas.
RAUL ABRIL-BONET DE S. PEDRO
BERNARD HILDA
MUSA ARGENTINA
SEPULVEDA - R. BOLUDA
M.^a LUISA GEDONA - MARY MER-
CHE Y TERESITA ARCOS
UNA VOZ Y UNA MELODIA (núm. 1)
JOSE VALERO

Pedidos a

Editorial ARAS

Departado 702

BARCELONA





CELEBRIDADES DEL CANCIONERO

La decana y clásica publicación en su género

CELEBRIDADES DE VARIETÉS

CANCIONERO

6 de mayo de 1924

30 octubre de 1931

RAMPÉ

GARDEL

Los más eminentes artistas

Los más célebres autores

Los más grandes éxitos



Precio: 2'50 pts.

Imp. Comarcal - Valencia, 224